

CRONICA INTERNACIONAL

TRES INVOCACIONES DEL PRIMER MINISTRO CLEMENT RICHARD ATTLEE

El gobierno laborista de la Gran Bretaña ha quedado constituido como sigue:

Primer Ministro, Primer Lord del Tesoro y Ministro de Defensa: Muy honorable Clement Richard Attlee. Circula en España un aforismo acuñado en metal pobre, para menesterosos. Reza así: "Un tal García, García, el señor García, el excelentísimo señor García, el excelentísimo señor vizconde de Casa García, o sea otra vez García. Este es el círculo cerrado o la serpiente que se muerde la cola." García en lengua arcaica, es oso; como Lope es el lobo totémico que en vascuence es "otsoa" (Ossorio, en la toponimia del Pirineo, significa villa de lobos). La diversidad alcanza a los Garcías como a las demás criaturas del Señor. No son uno ni el mismo el oso de Madrid y el oso "bear" o "bär" de Berna, ni el parlante de escudo real y el que baila con el pandero en la boca al húngaro. A los títulos, honores y preeminencias son sensibles los hombres todos, y los laboristas de la Gran Bretaña no van a exceptuarse. Pero sigamos:

Presidente del Consejo: Muy honorable Herbert Stanley Morrison; Secretario de Estado para Asuntos Exteriores: M. H. Ernst Bewin; Canciller del "Echiquier": M. H. Hugh Dalton; Lord del Sello Privado: M. H. Arthur Greenwood; Ministro de Industria y Comercio: M. H. Sir Stafford Cripps; Secretario de Estado para los Dominios: Lord Addison; ídem para la India y Birmania: Frederick William Pethick Law-

rence; ídem del Interior: James Cluter Ede; Primer Lord del Almirantazgo: Albert Víctor Alexander; Secretario de Colonias: Georges Henry Hall; Secretario de Estado, de Guerra: John James Lawson; ídem del Aire: Vizconde Stanggate; ídem para Escocia: Joseph Westwood; Ministros, de Trabajo y Servicio Nacional: George Alfred Isaacs; de Agricultura y Pesca: Toms Williams; de Educación: Ellen (Elena) Wilkinson. Esta dama estuvo en Madrid en tiempo de la República e intervino en debates del Ateneo y alguna vez como adversaria de nuestro amigo D. Salvador Lissarrague, para quien rige el lema de Leyva que sube del corazón a la frente la cortesía "Combatir es otorgar". Ahora, como en Pavía el último torneo, quien combate cristianamente otorga, aunque en lo esencial nunca ceda. Los ingleses dicen: "Kindness begets Kindness" (la bondad engendra bondad), y eso no es poco. Pero continuamos. Ministro de Abastecimientos y Producción Náutica: John Wilmont; de Transportes de Guerra: Alfred Barness; de Alimentación: Sir Smith; de Combustibles y Energía: Emmanuel Shinwell; de Sanidad: Aneurin Beyan; de Estado (sin cartera): Phillip John Noel Baker; de Pensiones: Wilfred Paling; Secretario Parlamentario del Tesoro: William Whitely.

De un ministerio numeroso decía Clemenceau: "Es el más nutrido que recuerdo. En las fotografías de conjunto parecemos un orfeón." Este de Attlee es más nutrido que el de Clemenceau, y conoceremos alguno más nutrido que el de Attlee. ¿Somos ya demasiados en el mundo? Sí, pero seremos muchos más, y lo mejor es no asustarse. Carlos V y el tiempo contra otros dos. El tiempo y nosotros —la masa— contra cien. Completemos la nómina del gabinete laborista y que Dios nos asista a todos.

Ministro de Obras Públicas: George Tomlinson; de Reconstrucción: Lewis Silin; de Seguros Nacionales: James Griffith; de Comunicaciones Postales: Conde de Listowel; de Aviación Civil: Lord Winster; de Información: Edward John Williams. Y ahora una relación de altos cargos, que, al igual que los ministerios, se multiplican. Canciller del Ducado de Lancaster: John Burns Hynd; Procurador General: Hartley William Shawcross; Lord Civil del Almirantazgo: Walter Ja-

mes Edwards; Secretario Financiero del Almirantazgo: John Dugdale; ídem Parlamentario del Ministerio de Agricultura: Conde de Huntington; Subsecretario del Ministerio del Aire: Teniente Coronel John Strachey; ídem de Estado Parlamentario, de la Oficina de los Dominios de la Corona: John Parker; Secretario del Ministerio de Educación: Arthur Jenkins; ídem Parlamentario del Ministerio de Alimentación: Señora Edith Summeriskall; Subsecretario Parlamentario del Departamento de Asuntos Exteriores: Hector Macvell; Secretario del Ministerio de Combustibles: William Foster; ídem del de Sanidad: Charles William Key; Subsecretario de Estado Parlamentario para la Oficina de la India y Birmania: Arthur Henderson; ídem del Ministerio del Interior: George Harold Oliver; Secretario Parlamentario del Ministerio de Seguros Nacionales: George Samuel Lindgreen; ídem del de Trabajo: Ness Edwards; ídem del de Pensiones: Señora Jennie Laurel Adamson; Subsecretarios Conjuntos Parlamentarios para la Oficina de Escocia: George Buchanan y Thomas Fraser; ídem Conjuntos del Ministerio de Abastecimientos y de Producción Aeronáutica: William Leonard y Arthur Woodburn; Secretario Parlamentario del Ministerio de Industria y Comercio: Ellis Smith; ídem del Departamento de Comercio Exterior: Hilary Adair Marquand; ídem Financiero del de Hacienda: William Glenvil Hall; Lores Delegados de este Departamento: Robert John Taylor y Joseph Henderson; Subsecretario de Estado Parlamentario del Ministerio de la Guerra: Lord Nathan; ídem del de Obras Públicas: George Russell Strauss.

Casa Civil de Su Majestad el Rey Jorge VI: Capitán de los Caballeros de Armas, Lord Anmon; Capitán de los Alabarderos, Lord Walkden. Tesoreros: George Mathers y Arthur Pearson. Presiden la Cámara de los Lores: Lord Addison, y la de los Comunes Mister Morrison. Incluye el Rey en su Consejo Privado a Aneurin Bevar, John Willmont, Alfred Barnés, George Isaacs y Emmanuel Shinwell. Concede la dignidad de Barón del Reino Unido al nuevo Secretario de Estado para la India y Birmania.

Planea el laborismo la redistribución de los bienes del mundo que alcanzan aún a los menos. Es aquí donde hemos

afirmado que el utopista redacta a su modo un boletín de victoria sobre las tinieblas. Cuantos instituyen reformas sociales, o cuantos las planean, se baten también contra poderes oscuros o contra fuerzas del mal. La que mantiene la desigualdad entre los seres humanos es y no es una de ellas. Nuestra naturaleza o nuestra condición están sobre el juego de esos poderes oscuros que se conjuran contra nosotros. Muchas injusticias, con todo, nos llegan aún desde un régimen abolido, sin que se aluda aquí a otro régimen que al social. Para derogar privilegios de ayer, e ir ennobleciendo la suerte común, han trabajado en Inglaterra, como en otras naciones, diferentes partidos y diferentes grupos, a los que podía alentar el ejemplo de la Iglesia. Los laboristas reformarán, desde luego, no pocas leyes y algunas de las instituciones del Estado. Pero son ingleses antes que laboristas, y en el acatamiento a la Corona y a las tradiciones del Imperio no son remisos. El Primer Ministro, Clement Richard Attlee, era, en sus días de Oxford, un tory, aunque su ascendencia no fuese conservadora. Le bastó el contacto con las gentes de Limehouse para afiliarse a la sociedad fabiana. Se acogía este grupo al patrocinio de Fabius Cunctator, o sea de Fabius el contemporizador. Prodictador en Roma después de la batalla de Trassimeno, supo Fabius ser un táctico que anteponía la prudencia a la furia.

Contuvo con sus artes a Aníbal y tomó con ellas Tarento. Contemporizar es muchas veces vencer y los fabianos ingleses dieron a su sociedad el nombre de un político sobre el que pesan más de dos mil años.

Attlee apoya su visión del mañana con lecciones de ayer, y trata en sus horas de recogimiento con los clásicos. Fué combatiente en la gran guerra, y después de servir en el cuerpo de tanques de Gallipoli cayó herido en Mesopotamia. Estuvo en un frente de Francia, y en 1918 se restituyó a su país con el grado de Comandante. Desde 1922 viene Attlee representando en la Cámara de los Comunes al distrito de Limehouse; Subsecretario en el Ministerio de la Guerra en 1923, recibió el título honorífico de Canciller del Ducado de Lancaster. La carrera de los honores es en la antigüedad indesligable de los servicios a la patria. Es de buena varonía aceptar los galar-

dones con sencillez, se tenga o no la talla de los hombres de Plutarco. No con menos ardor que en la guerra supo Attlee servir en la Conferencia Imperial al Reino Unido, predestinado antes que a la dicha a la grandeza. Así lo cree el Primer Ministro, aunque el pudor genuinamente británico le veda el proclamar lo que es obvio. Director General de Correos en 1931, se mantuvo durante la crisis de entonces alejado del gobierno. Discrepó de Ramsay MacDonald, y ante la derrota del partido en las elecciones generales, quiso darse por entero a reanimarlo y a devolverle pujanza. Lo consiguió, y su actividad como jefe del partido y como gobernante en el gabinete de coalición de Churchill ha modelado su figura rectora. El laborismo aspira a mejorar no ya el trabajo, sino también el ocio de millares de ingleses. Los siete puntos de la declaración de Attlee están ahí y no han nacido en el sueño de una noche de verano. Con una cierta levadura utópica, sí han sido amasadas dos o tres grandes promesas. El punto sexto anuncia dos nacionalizaciones: la de las industrias mineras —carbón y hierro—, juntamente con las eléctricas y la del Banco de Inglaterra. La fe mueve las montañas, pero la ilusión política no es la fe. Quizá se emprenda la nacionalización del Banco de Inglaterra, pero ¿cuándo? Responda el verso de Shakespeare desde el soneto 138:

And age in love loves not to have years told.

(En amor la vejez no gusta de que le cuenten los años.)

Dejemos, pues, en lo del Banco el cuándo, el para qué y el cómo. Recordemos, en cambio, que en su primer discurso como jefe del partido laborista, Clement Attlee elevó al Altísimo palabras como preces por la victoria. Hizo votos después por la continuidad de la institución monárquica y por la gloria de Jorge VI. Pidió a su pueblo, en fin, que perpetúe la sagrada unidad del Imperio. El Primer Ministro es inglés antes que laborista, y para servir al mañana apoya el hoy en tradiciones seculares. A los demás miembros del gobierno, ¿les sucede lo mismo? En mayor o en menor grado, creemos que sí. ¿Creemos? Quisiéramos, al menos, creer...

GETULIO VARGAS Y LA UNIDAD DEL BRASIL

Cumple el escritor de raza los ochenta como quien cumple por cuarta vez los veinte. Los ochenta en un político de la gran especie son cuarenta, duplicados en vigor y en astucia. A los sesenta y dos deja el poder Getulio Vargas, que ha regido el Brasil durante quince. Otro dictador que se va jura que no lo ha sido. Un régimen de autoridad puede no ser ni remotamente, afirma Getulio Vargas, un régimen de despotismo. Ante este examen de conciencia de un político que le pone guante de raso al puño, nos preguntamos nosotros: Pero la dictadura, ¿qué es o qué no es? Uno de los historiadores, que era también uno de los periodistas más inteligentes del mundo, nos responde desde un libro: "La dictadura puede ser la mejor y la peor de las formas de gobierno." Quien habla así es Bainville en una historia de los dictadores a través de las edades. Son muy distintos entre sí, como lo son las naciones a que sirven y las circunstancias que los suscitan. Estudia Bainville en el mundo antiguo, si es en Grecia, a Solon y a Pericles; si es en Roma, a Mario y, desde luego, a Sila, pero también a Julio César. En la edad moderna se detiene ante Cromwell y ante Richelieu y, claro está, ante Napoleón Bonaparte. Pero uno de los capítulos se llama "Luis XIV dictador y rey". Recuerda el historiador que al morir Mazarino el soberano convocó a sus gobernantes para decirles que antes de proceder esperaran sus órdenes. El arzobispo de Ruan preguntó días después a Luis XIV: "Vuestra Majestad me había mandado que me dirigiera al señor Cardenal para todos los asuntos; como Dios nos lo ha llevado, ¿a quién desea Vuestra Majestad que me dirija ahora?" "A mí, señor arzobispo, siempre a mí", repuso el rey, que era aún muy joven. Y a él y a nadie antes que a él, cuando menos después que a él, se dirigieron sus ministros, sus generales o sus prelados en toda suerte de resoluciones. Para el monarca, conferir con ellos era despachar y mover las grandes ruedas del Estado. Sin privarse de los placeres de la edad se daba con pasión a su "oficio de rey", que es largo, aunque la vida no sea, como en su caso, corta. Ni a sus grandes ministros, un Colbert, un Louvois o un Lionne, les consintió libertad de ini-

ciativa. ¿Dictadura? En un rey absoluto, sistema. No olvidemos que trabajó, hora a hora, incansablemente, durante diecinueve mil setecientos diez días. Es lo que Luis XVI, que era un rey reformador, no supo imitar. Bainville se duele de que el rey decapitado no viera que el siglo XVIII, el de las luces, no odiaba el despotismo, al que por algo llamó ilustrado. No se inspiró, pudiendo inspirarse, en la popularidad que tenían en Francia reyes cien veces más autoritarios que él: su cuñado José o Federico de Prusia.

A dictadores americanos alude también Bainville, como no podía menos. El de Méjico, Porfirio Díaz, le parece providencial, hasta cierto punto. Muere Díaz a los ochenta y tres años, después de más de treinta de dictadura, que era en él magisterio y tutela. Pero los hombres, comenta el historiador, son mortales, y el poder personal no dura más que la vida. Al desaparecer su jefe más célebre, Méjico recayó en sus querellas intestinas y en sus convulsiones. La dictadura de Díaz le parece a Bainville la de un ingeniero economista, una dictadura científica y, en cierto modo, politécnica, en un país que no había apenas cambiado desde los conquistadores. Pasan por el libro, además de Bolívar, al que nuestros reparos sitúan más exactamente que nuestra imparcialidad, dictadores de repúblicas de América. En Páez, con sus llaneros de Venezuela, revive un Khan tártaro con sus vicios y sus virtudes. Presidente en 1830, 1838 y 1861, es el patriota que se le insubordina al libertador y separa Venezuela de Colombia. No hace mal el bien, ni tampoco bien el mal. El nacionalismo es su limitación, como en otros autócratas. No insinuamos eso nunca, que en Lilibut un dedal es la campana grande de Toledo... Venezuela es nación cuyos anales han ganado el tributo de España... Con Páez, con Guzmán Blanco, que es en Caracas el predilecto, o con el mismo Juan Vicente Gómez, Venezuela ha ido madurando sus destinos. "Lo más difícil para los pueblos de América, decía siempre Pereyra, es libertarse de los libertadores." Sí, pero de las batallas de la independencia, treinta y dos fueron ganadas por venezolanos. Pugnas civiles fueron aquéllas, y la sangre vertida en los dos campos era española. La Venezuela de hoy, la del presidente Medina que acaba de caer y la de sus predecesores López Contreras, Gómez o Castro

ha conocido la prosperidad en grado creciente. La gran riqueza allí es el petróleo, pero la frase dictadura de aceite pesado, y aun referida a Gómez, es pobre. A Venezuela le nacen autócratas, pero también figuras como Andrés Bello, a quien Chile confía la redacción de sus leyes. Otros dictadores, como Gabriel García Moreno, del Ecuador, que retuvo el poder quince años, de 1861 a 1875; y otros de la Argentina; del Paraguay, al que el doctor Francia aisla del mundo; del Uruguay, del Perú o de Chile, se dejan observar en el libro que citamos. Francia, doctor en Teología, gobernó al Paraguay como si fuese a un gran monasterio. Era paternal, pero también despótico, y lo reglamentaba absolutamente todo. Al extranjero que entraba en el Paraguay le era muy difícil salir. Artigas, el patriota uruguayo, vió llegar la muerte antes que la autorización del retorno a Montevideo. En cuanto a Bonpland, naturalista francés, compañero de Humboldt, esperó nueve años. El gobierno de París y también Bolívar le reclamaron muchas veces. "Mejor que aquí no estará ni entre los suyos", repetía el doctor Francia. Rigió este gobernante el país durante veinticinco años, hasta el día de su fallecimiento. Déspota, aunque con benignidad, fué el presidente D. Carlos Antonio López, que le sucedió, y déspota ilustrado su hijo D. Francisco Solano López. Este abría el país a viajeros y comerciantes y concertaba tratados con París, Londres y Washington.

Para medir y pesar escrúpulos usa Getulio Vargas en su explicación una balanza de platero. El régimen de autoridad no es un régimen de despotismo, afirma; pero esta voz no suena siempre del mismo modo, aunque es mejor que no suene. Mientras el mundo sea mundo, la política será dialéctica y la historia integración. Para los historiadores es el comportamiento del dictador el que califica la dictadura. Quince ha durado la de Getulio Dorneles Vargas, ex militar y ex togado, que es por su cuna del Río Grande do Sul. Teniente coronel en 1918, representó en la Cámara, en 1923, a su estado natal. Ministro de Hacienda tres años después, fué presidente en 1930. Venían gobernando la nación hasta entonces los industriales de San Pablo, que es la metrópoli del café, y los de Minas, Geraes, que es comarca rica en hierro. A este monopolio del poder se oponían los ganaderos de Río Grande del Sur, cuya

capital es Porto Alegre. En las elecciones de 1930, los de Río presentaron la candidatura de Getulio Vargas frente a la de los paulistas, que era la de Julio Prestes. (El Prestes comunista se llama Luis.) Contra el triunfo de los paulistas en las urnas se alzaron los de Río Grande, y Prestes huyó a Portugal. Días después entraba en el Palacio Presidencial de Cattete de Río Janeiro Getulio Vargas. Sobrevino en 1932 la guerra civil de los noventa días, sofocada fácilmente.

Se condujo el presidente al vencer con la clemencia con que se ha conducido siempre. Sin magnanimidad no hay heroísmo, pero tampoco, a veces, artes de gobierno. Sin deponer el rigor puede eludirse la represalia cuando se ha vencido. El de ni matar ni morir a hierro es propósito que en las cimas del mando se depura para la posteridad. A la guerra de tres meses promovida por los de San Paulo, siguió una amnistía, que es ley de olvido, como el indulto es ley de gracia. Se quería una Constitución y fué otorgada. En el Palacio de Cattete hay un cuadro de Aurelio de Figueredo que perpetúa la ceremonia con que fué promulgada la primera Constitución de la República en febrero de 1891. Este gusto por las cartas fundamentales no se mustia en el Brasil. Junto al cuadro había, sobre una consola, un pequeño monumento que reproduce uno grande, a Santos Dumont. ¿Por qué entre las imágenes de una estancia de horas en Río Janeiro nos han quedado esas dos?

En 1934, una Asamblea Constituyente, convocada por Getulio Vargas, refundió la Carta de 1891 en otra nueva y fué reelegido. El año siguiente es el de la revolución comunista, de la que fué uno de los instigadores Luis Prestes. Hubo que detenerlo y encarcelarlo durante diez años. La Constitución de 1934 preveía elecciones generales para 1937, a la vez que la presidencial para el periodo 1938-1942. Para ésta los candidatos eran dos, el gubernamental, José Americo de Almeida, y el de la oposición paulista, Armando Sales de Oliviera. Pero Getulio Vargas dió el golpe de Estado de 10 de noviembre, que disolvía las Cámaras para gobernar sin ellas. Licenció después el presidente a los partidos políticos, y los integralistas —los camisas verdes— se le rebelaron; pero todo quedó en veinte muertos y en perdones sucesivos. Así ha llegado como dictador indulgente al 1945 el presidente del Brasil.

El 2 de diciembre iban a celebrarse elecciones para sustituirle, ya que la Carta de 1934 prohíbe la reelección. ¿Premeditaba Vargas otro golpe de Estado? Algunos militares creían que sí y se movieron conminatoriamente. Ante los tanques del Ejército, emplazados en las posiciones más estratégicas de Río, el dictador se fué y, como está previsto, el presidente del Tribunal Supremo, D. José Linhares, le ha sustituido. Un representante de este ilustre magistrado, ya en funciones de jefe de la nación, estuvo en el aeródromo de Río a despedir a Vargas, que partía para Río Grande del Sur. En su proclama de despedida dijo el ex jefe del Estado: "Ningún gobierno se ha esforzado como el mío en el fortalecimiento del Brasil; ninguno ha cuidado tanto de su preparación profesional y del mejoramiento de las condiciones de trabajo." América reconoce que es así, aunque no renuncie a controvertir en el orden de los principios los fundamentos del poder personal. Debe el Brasil a Vargas, redes de ferrocarriles, carreteras, aeródromos, hospitales, miles y miles de escuelas, organizaciones sindicales, bibliotecas, estaciones de radio, juntamente con el impulso nacional al ejército, a las flotas y a la riqueza industrial y agrícola. "Los Estados Unidos son potentes y grandes", cantaba el gran poeta; los Estados Unidos del Brasil van siéndolo también. Vargas ha gobernado a su nación como un político de vasto aliento. El Brasil, por su extensión, es como las cuatro quintas partes de Europa. Caben en él diecisiete Españas, y si tuviera la densidad de nuestra nación alcanzaría los 390 millones de habitantes. "El florecimiento del Brasil, escribe Vasconcelos en *La raza cósmica*, es el comienzo de un poderío fabril tan grande como jamás ha aparecido otro en la Historia." A quien no considere, aun con las atenuaciones que quiera, esta magnitud, le será difícil juzgar a Vargas. No olvide tampoco que el Brasil fué en el siglo XIX un Imperio y que Pedro II se mantuvo como emperador durante cuarenta y nueve años, desde su mayoría de edad, en 1840, hasta el advenimiento de la República, en noviembre de 1889. Desde esta fecha hasta la de hoy el nuevo régimen ha conservado la unión en un territorio de cerca de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados. Por la unidad y la continuidad de una nación que ocupa la mitad de la América del

Sur se han esforzado los mejores hijos del Brasil durante la República. El mariscal Deodoro de Fonseca, Peixoto, el doctor Prudente de Moraes, Campos Lalles y Rodrigues Alves; como después los gobiernos de Penna, Vito Peçanha, mariscal Hermes de Fonseca Braz, Delplin Moreira, Epitacio Pessea, Arthur Bernardes y Wáshington Luiz, a quien sucede, en 1936, Getulio Vargas, desean por igual que los veinte Estados, por distintos que sean y a despecho de la autonomía y de las aduanas interiores, constituyen la nación una e indivisible. Es lo que el último ex presidente grababa a fuego en la imaginación de las gentes brasileñas: en las de Amazonas o en las de Goyaz, en las de Pernambuco o en las del territorio de Acre, en las de San Pablo o en las de Parahyba. Unidad en la diversidad. Esa es allí la fuerza de hoy, pero sobre todo la de mañana.

¿Aceptó Getulio Vargas el régimen totalitario? Quizá; pero se entendió cordialmente con las repúblicas del Nuevo Mundo y, sobre todo, con los Estados Unidos.

En agosto de 1942 declaró la guerra a Alemania y a Italia, y en febrero de 1943 firmaba la Declaración de las Naciones Unidas y la Carta del Atlántico, con lo que el Brasil fué beligerante contra el Japón.

¿Quince años de poder han gastado —así se escribe aquí y allí por éste y por aquél y por cualquiera— a Vargas? Lo que gasta al político es el alejamiento de la política... Las memorias, que son un recurso, apresuran la vejez y embalsaman en vida. La vuelta a la política es mejor..., y el gobernante, en su finca de Río Grande del Sur, no languidecerá... A su edad, sesenta y dos años, se tienen los que se necesitan, y si se está gobernando los que se decretan al despertar.

DANUBIO

No hay enigma como el de nuestra suerte. No envejece la sentencia del clásico según la cual el mañana es un niño que duerme en las rodillas de los dioses. Todo lo que la esfinge ha revelado hasta ahora se reduce a que nuestro sino es escritura cifrada que no se deja leer. Dos escritores que han cum-

plido apenas los veintiséis se dirigen a un escritor a quien la edad y el renombre abruma. Háblenos —le ruegan— de nuestra generación y denos claridades sobre nuestro destino. Lo que le piden es que les inquiera el futuro en las rayas de la mano. Sé, quizá, les responde el viejo, quién de vosotros ha nacido para eternizarse y quién recibirá trofeos de la fama. Sé con quien van los dones de la persuasión y los sortilegios del estilo. Uno entre vosotros posee la magia que más aun que el anillo de Salomón asegura la presencia invisible en mil lugares. Ese nos transmite ya el hechizo que subyuga al tiempo y mata además a la muerte. A ése hasta los corazones más altivos se le irán rindiendo. Su idioma, que transfunde gracia en la fuerza, es idioma para siempre. Declara imperiosamente sus derechos, entre los que figura el de durar. Ese escritor con mañana vive entre vosotros y es quizá del linaje de los que ennoblecen todo un siglo. Callaré, sin embargo, su nombre, y que vuestra juventud no intente sobornarme. Uno de los pudores de la ancianidad es el pudor para el vaticinio, y en este punto no esperéis la cana al aire. No osaré imaginar que soy vuestro maestro, pero no pretendáis que sea vuestro precursor. No sois el espejo que me duplica fielmente, pero tampoco la meta hacia la que iba yo. Uno de vosotros traerá, eso sí, al idioma cadencias con más virtud de captación que las mías. Hasta, a ojos cerrados, veo en uno de vuestra pléyade el signo de elección. Descubrid vosotros a ese camarada, ya que a mí me está vedado aurcolar figuras antes de tiempo. No le busquéis entre los que estudian más, ni entre aquellos a quienes el afán perentorio de misión desvela. Se puede ser teólogo de muchas campanillas e ir al infierno. Doctores hay de gran saber que antes de los treinta han vendido su alma a la usura. Al que entre vosotros va a honrar las letras el desinterés le guía. Le veréis condensar —es su privilegio— quinientas páginas en cien y luego las cien en veinte, que vuestra memoria retendrá y como la vuestra la de miles de seres que os sucedan en el tiempo y vivan a lo mejor en tierras distantes. ¿Y por qué, me preguntáis, uno es el llamado y los otros no? Ese es el misterio en plena luz, pero misterio casi

impenetrable. No temamos repetir un millón de veces que el Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere.

Es así como el viejo maestro responde a los muchachos que le interpelan. Decimos nosotros que la fama es el remedo espúreo de la gloria, como el renombre es el remedo espúreo de la fama. En cuanto al éxito, el Señor nos preserve de su bastardía irreparable. El viejo maestro ha conocido no el renombre tan sólo, ni la fama, sino la gloria en su plenitud más pura. Ahí está, con todo, con más honores que rentas, con el sol ya a la espalda y sin más mayordomo que su sombra delante.

Pero la juventud le pregunta solamente por el secreto del gran estilo.

—¡Ah, dónde resida no lo sé!, les contesta el escritor a quien la edad abruma. Ni sé cómo he nutrido mi obra, ni dónde ni para qué ni cuándo. Ha habido dentro de mí, en clausura, operaciones arcanas que no acierto a definir. El secreto que me pedís escapa a la observación y se manumite de mí para dejar de ser mío. Advierto, sí, cuál es el instante de fiesta y de fuego en que mi trabajo da el primer resplandor. Pero sé que estas señales no tienen virtud sino allí donde como preparación preexiste... Que el saber os prepare y que el privilegio, que es lo otro, os sea otorgado. Lo que no añadiría es nada que toque a vuestro mañana. Quien os prediga la suerte se entregará a la impostura, quien os prediga acontecimientos también.

Hablaba así un europeo; pero Molotof es la mezcla del tártaro con el bizantino, Molotof es ruso. El es quien ha dicho: "Existen Gobiernos que necesitan cambios, pero no ciertamente los de los Balkanes." Si Molotof no desea mudanzas es para que el Danubio sea cuanto antes soviético. Lo será. No dicen no Renner en Austria, ni Da Inoki Bela Miklos en Hungría, ni Groza en territorio rumano, ni Gneorgieff en Bulgaria, ni Tito en el que fué país de croatas, serbios y eslovenos; sí alemán en Ulni y en Ratisbona; austríaco era el Danubio en Linz y en Viena; sí eslovaco en Bratislava, que suena a checo; húngaro en Budapest, yugoslavo sí, un día serbio a secas en Belgrado, como búlgaro en Vielm y en Sistova,

y rumano junto a la plaza fuerte de Silistria y en Braila y en Ismail Killian. Antaño turco sí fué y vió brillar entre sus ondas la media luna; pero moscovita, ¿cómo ha de ser? Las conversaciones de Postdam no han previsto esa eventualidad, y las que precedieron a Postdam en Casablanca, Teherán, El Cairo, Quebec o Yalta, tampoco. Ciertamente el Gobierno de Bucarest, al que Groza orienta, ha estipulado un convenio con los soviets en virtud del cual les autoriza bases en Constanza, Braila y Galatz o esa en el Mar Negro y en el Bajo Danubio. El Rey Miguel lleva al pecho las insignias stalinianas de la Orden de la Victoria. No es él sino Groza el que cede bases, como no es el Rey Simeón sino Gneorgieff el que se aviene desde Sofía a que los puertos búlgaros de Varna y Burgas sean bases de los soviets muy cerca del Bósforo, mientras en la estación fronteriza de Mustafá Pachá Koprühiti las guarniciones rusas tocan con la mano Adrianópolis. Pero el Danubio es río que dicta, como el Rhin y el Tajo, númenes europeos. En una isla que se mira en el Danubio se vió nuestro Garcilaso "preso, forzado y solo en tierra ajena". Allí pensó dos versos que le eran después divisa:

*Sean que yo no puedo
morir sino sin miedo.*

Allí le nacieron para siempre los de la canción tercera:

*Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo.*

Y allí también los seis versos que entre todos los del poeta más quisiéramos que fuesen nuestros. Son aquellos a su propia canción:

*Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte,
que yo he mirado bien lo que te toca.*

*Menos vida tuvieras
si hubieses de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.*

Cita Dante en el canto XXXII, verso XXVI, de su *Infierno* al Danubio como citaría a otro río cualquiera para comparar sus invernadas con un lago que ve en el lugar del que toda esperanza ha huído. Pero en el *Paraíso* —canto VIII, versos LXV y LXVI— nos recuerda al Danubio el alma de Carlos Martel. Es la que le habla al gran desdeñoso, al gibelino, de aquellos de quienes él, joven aun, dijo en el mundo: “Vosotros los que movéis el tercer cielo con vuestra inteligencia”.

El alma de Martel rememora

*Fulgiemi già in fronte la corona
di quella terra che'l Danubio riga,
poi che le rise tedesche abbandona.*

(Brillaba ya en mi frente la corona de aquella tierra que el Danubio riega luego de abandonar las orillas tudescas.)

No es esta alusión de las que eterniza, y la de Garcilaso sí. “Danubio, río divino.” Pero suena el toque de alarma que nos advierte que el río se sovieta. Le hemos conocido internacional desde Ulm a Braila, con su red de afluentes: el Morava y el Thaya en la parte de su curso que fué frontera entre Austria y Checoslovaquia; el Drave desde Bares; el Tisza desde la embocadura del Szamos, y el Maros desde Arad, en virtud de los tratados de Versalles, Saint Germain, Trianon y Neuilly. ¿Vamos a conocerlo ruso? No. Hemos sentido nosotros recientemente en bronce, en música y en agua viva junto al Danubio la eternidad del ser de Europa. El hombre pasa, pero el Danubio, río bautismal de tantas ciudades, con su canal y su alvéolo, adyacentes a los del Rhin, el Elba, el Oder, el Vístula, el Po y el Adige, el Danubio, río político, militar, literario y mercante, queda. Nadie vaticine sobre nuestra suerte ni sobre la suerte de los grandes ríos. El pasado, en ellos, vuelve, aparte de que nunca pasa del todo.

OTRA VEZ TURQUÍA Y LOS ESTRECHOS
ANTE LA EXPANSIÓN RUSA.

Con treinta y tres mariscales cuenta la Rusia soviética. Napoleón Bonaparte creó, que sepamos, veinticinco. Bien es cierto que a algunos les hizo príncipes además, como a Berthier, por partida doble, de Neufchâtel y de Wagram; a Ney, del Moscova; a Davoul, de Eckmühl; a Bernardotte, de Ponte Corvo, y luego príncipe real de Suecia; a Massena, en fin, de Essling. A cinco mariscales, como se ve, siete principados. A otros, concretamente a dieciocho, les hizo duques, y a alguno, como su cuñado Murat, gran duque, y por cierto dos veces: de Berg y de Cleves. Que Massena fuese duque de Rivoli, o Lannes de Montebello, o Suchet de la Albufera, o Kellermann de Valmy, no nos contraría un siglo largo después. Entre 1804 y 1814 los linajes del viejo régimen se sobresaltaron ante estos nombramientos. El tiempo enerva tales litigios, pero vincula el ansia de honores a la condición humana. Las aristocracias militares siguen siempre a las guerras victoriosas en las naciones del Norte y del Sur, del Este y del Oeste. España nos alecciona con textos áureos sobre la fugacidad de los esplendores del mundo. Hasta Gómez Manrique, en sus coplas al contador del rey, D. Diego Arias de Avila, echa al viento la queja:

*Pues tú no pongas amor
con las personas mortales
ni con bienes temporales
que más presto que rosales
pierden la fresca verdor;
non son sus crecimientos
sino juego
menos durable que juego
de sarmientos.*

Anda ahí la cordura que en Castilla baja desde el estrado real a los refranes. Más nos gusta el desasimiento que salta en tantos héroes de la mejor España del caballo a la actitud

orante. No nos ha halagado nunca que España tenga ochenta mil refranes. Con un cuarto de la mitad de la mitad tenía para nosotros bastante. Amamos de veras a los moralistas como Gómez Manrique, en quienes, según la frase de otro, cuya amargura nos hace bien, Pérez de Guzmán: "la buena forma honra e guarnece la materia". Pero que nos precavan contra la grandeza porque no dura y toquen vanagloria en la gloria misma nos llega a irritar. No queremos oír que los adarves vienen a tierra mientras los muladares se ensalzan. Esa sabiduría parda que hasta consuela a un cierto igualitarismo vienen a tierra mientras los muladares se ensalzan. Esa sapocos, sin embargo, son de nuestra cuerda, pero justamente porque lo son nos erizan de objeciones. Entre lectura y lectura de nuestros moralistas, la de los loores de España en San Isidoro, en Alfonso X o en el Padre Juan de Mariana, son el oasis; son, usando la expresión de uno de ellos, clima elíseo. Ciertamente, los mariscales de Napoleón ven cómo se cuarteaba la arquitectura del Imperio. Conocen algunos la adversidad, y Murat, rey de Nápoles, muere fusilado. Los más se desvían de Bonaparte cuando la suerte se le trueca, y hasta más de uno vuelve las armas contra él. Los más, pese a todo, son grandes soldados, sin los que el corso valdría menos. Tres—Lannes, duque de Montebello; Bessières, que lo era de Istria, y Poniatowski, que no logró títulos de nobleza—cayeron en el campo de batalla. Otros, como Víctor, duque de Bellune, fué, con las heridas de Craonne, un gran mutilado. No faltan mariscales de la Grande Armée que siguen al jefe cuando su poder entra en el menguante melancólico; ni otros que caen en desgracia. Los veinticinco son diferentes, pero ninguno muere del todo. Los honores están sujetos a caducidad y a mudanza, pero tanto como de arcilla no son.

Ahí están los treinta y tres mariscales de la Rusia soviética. De sus servicios en campaña se sabrá más de lo que se sabe, que por lo que toca a nosotros es poco. Los de la vieja guardia bolchevique han hecho resonar sus nombres, y aquí en España se ha escrito sobre Timoshenco, Woroshilow, Budionny y Kulig, como también sobre Shaposhnikow, muerto recientemente ante el enemigo. Otros hay, Tolbujin, Malinowski, Koniew o Zukow, que han sido comandantes de ejércitos y han

dado que hacer a los partes. Voronow es mariscal superior de la artillería, en la que le acompañan Chistiskow y Yakowlew. De la aviación son, entre otros, Nowikow, Woroschejkin, Falabjew, con dos o tres más; de infantería, Wlasilewski y Merchow; del arma blindada, Fiederienko; de ingenieros, Worobhiow; y, claro está, que en la lista no aparecen todos... No pondremos un solo nombre de éstos junto a otro de los veinticinco de Bonaparte, aunque la pluma, con temeridad, sí los asocia. Aristocracia militar sin títulos, pero con las condecoraciones más caras de Europa, son ya, a su modo, esos mariscales rusos, de los que saldrá el sucesor de Stalin. Son ellos mismos los que en documentos oficiales dicen que continúan a los mejores soldados de Pedro III o de la Gran Catalina. Pero vamos a un hecho sobre el que los treinta y tres mariscales vierten el resplandor de sus condecoraciones.

Denunció recientemente Moscú el tratado de amistad que Rusia y Turquía firmaron en diciembre de 1925. Premeditan los soviets, ahora, la revisión del comercio de Montrieux; estipulado con los gabinetes de Angora, Londres, Moscú, París, Tokio, Sofía, Belgrado, Bucarest y Atenas. En los designios de Rusia entra también la instalación de bases militares en los Dardanelos y en el Bósforo.

Los dos Estrechos pertenecen en ambas márgenes a Turquía. Más desea Moscú, como ya escribimos, y es la cesión a Rusia de los distritos de Kars y Ardahan que juntamente con la Armenia turca fueron agregados a Turquía por las estipulaciones de Moscú de marzo de 1921, ratificadas después por los países transoceánicos. Y para que estas reivindicaciones no vengan solas pedirá asimismo el Kremlin la rectificación de la frontera turcoeuropea en los Balkanes. Hablamos aquí una vez del último de los sultanes otomanos Mohamed Valid Khan VI, que fué el trigésimo séptimo de los soberanos de la familia de Osman.

Allá en Oriente exhala un gran hastío y luce tres papadas el que cuenta con molicie oriental las cinco bodas de este monarca que se apagó en San Remo en 1926. Cuatro años antes la Asamblea Nacional abolía el sultanato, y Mohamed Khan VI se alejó de sus lares. La Asamblea eligió califa a Abdul Medjid Effend, destituido en marzo de 1924. Con él

partieron a la emigración todos los miembros de la familia imperial.

Recordemos esas chimeneas góticas en las que se puede asar un toro y que han devorado leño a leño muchas leguas de bosque. Pues en el invierno turco arden troncos de árboles genealógicos con siglos de edad. Los leñadores de la Revolución no dan paz a la mano. Abaten selvas ilustres y cantan himnos de ahora al son del hacha. Ah pero allá donde esté con sus setenta y siete años, Abdul Medjid Khan II sigue siendo califa y jefe de la casa de Osman. En genealogía, el vigor rebrota y además reverdece después de los años mustios.

Creen algunos que el último sultán de Turquía no fué Mehmed Vahd Eddine Khan VI, sino Mustafá Kemal, a quien ha sucedido al presente Ismet Inonu. Recapitemos. En 1921 los griegos de Venizelos, apoyados por Inglaterra, desembarcan en Smyrna. Mustafá Kemal organiza la resistencia y desacata los edictos de Constantinopla. Proclama el 21 de enero que la soberanía pertenece a la nación y que el gobierno es el de la Asamblea Nacional. Angora, ciudadela y reducto, es ya poder constituido y centro de gravedad de otro sistema. Se alía Mustafá con Moscú, mientras ahoga en territorio turco todo rebrote comunista y recibe el título de Ghazi, que significa el victorioso. Poco después destierra de sus lares a la estirpe de los Osman, a la que destituye de todas sus prerrogativas, no sin abolir inmediatamente el califato. Prohíbe el Ghazi el uso del fez y manda segar cabezas rehacias a abandonarlo; como veda asimismo la veste turca, el "petché" y el "charchaff", que es el velo con que se cubren el rostro las mujeres. Obliga a la nación a adoptar como propios el alfabeto latino y el calendario gregoriano. En 1926 nacionaliza en la Asamblea por votación unánime y para un solo artículo de ley el código suizo. En estas reformas y en la que sustituye las pesas y medidas del viejo arsenal por el sistema métrico, o en la que impone el nuevo estado civil con nombre y apellido, en la que divide el día en veinticuatro horas, o en la que emancipa, en fin, a la mujer y le consiente casarse con extranjeros, el actual Presidente, Ismet Inonu, actúa penetrado con "El Ghazi". Ha continuado Ismet Inonu con fidelidad ardiente la obra de su predecesor, a la vez que crea por

sí instituciones e incorpora a la empresa nacional iniciativas de largo alcance. "No con celo sino con fiebre, no con perseverancia sino con obsesión —dijo en un discurso—, me consagro a la mejora de nuestras comunicaciones. Yo dotaré a Turquía —añadió— de una red de acero que la cruce enteramente." Ha rescatado Ismet, a quien llaman el padre del rail, más de tres mil kilómetros de vía férrea que compañías extranjeras administraban. Se le deben además las líneas nuevas Lamsum-Sivai, terminado en 1932; Sivai-Angora, unida a la Angora-Isnir desde 1930; la Sivai-Erzzerun, abierta al tráfico más recientemente. De los ocho mil kilómetros de red de acero de que Turquía dispone, seis mil setecientos son del Estado. El plan de carreteras prevé la construcción de diecisiete mil kilómetros, cuyo coste no bajará de cien millones de libras. De las vías del plan, las predilectas del presidente son las de tránsito hacia Persia a través de los cuatro vilayatos orientales, y no pasan nunca dos meses sin que Ismet no vaya en persona y en viaje de estímulo a Trebizonda o a Erzerun, al lago de Van o a Bitlis. Attaturk e Inonu coincidían en dos puntos esenciales. Primero: Turquía debe seguir siendo potencia balcánica a la vez que logra títulos para llamarse potencia europea. Segundo. A la vieja concepción imperial de abolengo otomano debe suceder una concepción nacional del turquismo que excluya no tan sólo a los elementos alógenas, sino a las provincias que ellos poblaban. "El sacrificio de Siria y de Palestina y del Irak —leemos en el libro de un gobernante turco— no parece haber consternado ni a Mustafá Kemal ni a Ismet Inonu. Si los dos se aplicaron tenazmente a recobrar el Sandjak de Alejandría es porque consideraron a Hatai como a un país turco." El Ghazi no recataba su acritud ni su despego por las poblaciones árabes. Ismet Inonu, por el contrario, no ocultó su simpatía por ellas. "En comprenderlas y en atraerlas ojalá no mostremos cansancio", ha dicho. Pero aludimos ya a la inquietud que absorbe estos días al gobierno de Angora. Estos días y siempre, ya que es ella la que está latiendo fuertemente en el fondo de los tratados de amistad de Turquía con la U. R. S. S. desde el de 1920, el de Unión y Fraternidad de marzo del 21 y el de Kars de octubre del 22, hasta los más recientes; y de los concertados

por Angora con Londres hasta llegar a la alianza política y militar de 19 de octubre de 1939. De ahora y de siempre es la inquietud por la suerte de los Estrechos. Después de muchas vicisitudes consigue Turquía en Montreux en 1936 que se le reconfera y reconozca solemnemente el doble derecho a fortificar la zona de los Dardanelos y del Bósforo y a mantener guarniciones en ambos Estrechos. La libertad de paso por ellos sigue en pie, aunque exija aviso con antelación de una semana y limite el tonelaje de cada barco a quince mil toneladas, con lo que se obstruye el acceso a los grandes acorazados. Dos artículos de los aprobados en Montreux y que conciernen a la vigilancia de Turquía sobre el Bósforo y los Dardanelos conservan todo su vigor. Dicen así:

"Artículo 20. En tiempos de guerra, y si Turquía es beligerante, el paso de los navíos de guerra a través de los Estrechos será confiado por entero a la discreción del gobierno turco.

"Artículo 21. En el caso de que Turquía se creyese amenazada de un peligro inminente de guerra, tendrá derecho a aplicar las disposiciones del artículo 20."

Quiere Rusia someter a revisión estas cláusulas y otras más del convenio de Montreux, pero éstas sobre todo.

El de Lausana que le precedió desmilitarizaba la zona de los Estrechos e instituía para vigilarlos una comisión en la que entraban Turquía, las grandes naciones de Europa y los Estados ribereños del Mar Negro. Montreux remilitarizó los Estrechos, y Moscú para la propuesta que premedita cree contar, ya que no con Londres ni con Atenas ni quizá con París, signatarios del convenio, sí con Bucarest, Sofía y Belgrado. Angora, con Londres, con Atenas y con París, revigoriza su empuje dialéctico ante Moscú.

El último sultán de Turquía no fué, ciertamente, Mohamed Khan VI; el trigésimo séptimo de los soberanos de la familia de Osman que tiene Dios sabe dónde su jefe, sino Attaturk o sea Mustafá Kemal, el Ghazi, a quien ha sucedido Ismet Inonu, que ha blindado como él su entereza. Angora, creemos nosotros, no cederá. Pero Woroshilow, Tolbujin, Yakowlew, Wasilewski, Malinowski y veintiocho más son mariscales del imperio comunista. Kalinin es el presidente de la U. R. S. S. Pero

los uniformes y el brillo histórico del mariscalato mandan más, y desde luego más inapelablemente, que Kalinin. Que un día podrá interrogarse a la española:

*Pues, ¿dó los imperios e dó los poderes
reinos, rentas e los señoríos?...*

¡Bah!, no estamos cien años después, sino cien años antes. Antiguos somos, pero cuanto más viejos más advertidos.

LA REVISIÓN DEL TRATADO ANGLOEGIPCIO

De 1922 data la fundación del partido wafd en tierra egipcia. Antes de ser partido era un movimiento de reivindicación nacional. Reanima el grupo y le reinfunde nuevo aliento Saad Zaghlul, a quien Egipto debe tanto. "Un año de acción vale por cinco de doctrina, pretende Saad, y por diez de anhelos difusos." Entran en el partido, y actúan desde el primer instante, el doctor Ahmed y Mahmud Fahrul Nograchi. Este político, que ha ampliado estudios en Inglaterra, en el University College, de Nothingam, para enseñar a su regreso en Alejandria y para ser Director de Educación en el Consejo Provincial de Assiut en las regiones del alto Nilo, pasa en 1924 a una de las Subsecretarías del gobierno de Saad Zaghlul. Tres años después este gran egipcio muere, y un consejo de notables, con Mustafá Nahas al frente, asume la jefatura del wafd. Nograchi, como el doctor Maher, su íntimo, forma parte de este directorio, al que asesora y conduce.

Es en 1936 cuando se constituye un gobierno de coalición, en el que el wafd prepondera y en el que el Rey confía a Nograchi el departamento de Comunicaciones. En 1936 justamente se firma en Londres el tratado angloegipcio de alianza, que pone fin a la ocupación militar. Desde más de cincuenta años antes, fuerzas de la Gran Bretaña guarnecen un Egipto, que está bajo la soberanía turca. Hasta 1906 no se fijan las fronteras con la península del Sinaí y del Hedjaz, así como

con Palestina. En diciembre de 1912 se ajusta la Declaración del Protectorado británico, que la Paz de Sèvres corrobora, *de jure*, en agosto de 1920. En 1922 se proclama la independencia de Egipto y se convicrte al Sultán Ahmed Fuad en Rey. Rige su pueblo este soberano, que lo es también por sus títulos de Nubia y del Sudán, catorce años, y baja a la tierra meses antes de que se firme el Tratado angloegipcio de alianza. Tiene entonces su hijo y sucesor el Rey actual, Faruk, dieciséis años y ahora, consiguientemente, veinticinco. Ese tratado autoriza, como todos saben, la instalación de tropas británicas en las cercanías del Canal de Suez. La presencia de estas guarniciones evita todo carácter de ocupación, y de este matiz Londres cuida mucho. Nograchi es uno de los cinco egipcios que firma el pacto de alianza. Pero Nahas, luego de otro convenio, el de Montreux, propende a un despotismo ilustrado, que no es como el de las luces y la internacional patricia después de la enciclopedia. El de Egipto, más que de rey, es de privado y admite represalias orientales... Nograchi acusa a Nahas, si no de corromper, de adulterar los principios del wafd, y es expulsado del partido en septiembre de 1938. Constituye entonces otro partido, el saadista, cuya jefatura confiere al doctor Maher, a quien llama su amigo y su maestro. Hay quien nace para mandar y quien nace para presidir. Preside bien Nograchi y posee además el don de mando, pero en Maher este don se alía con el de la palabra. Presta Nograchi su concurso y el de sus gentes más calificadas a gobiernos de coalición, y es en 1938 y 1939 ministro de Educación, en 1939 y en 1940 del Interior, y este mismo año de Hacienda. Un rebrote de dictador en Nahas bajá aparta del poder a los saaditas desde febrero de 1942 a octubre de 1944. A este retraimiento sigue la dimisión de Nahas porque el Rey Faruk no le recata su desvío. En un ministerio presidido por Ahmed Maher asume Nograchi la cartera de Negocios Extranjeros. Al ser asesinado Maher le sucede Nograchi en la Presidencia del Consejo de Ministros y en la jefatura del partido saadista. Decisión resonante de esta política ha sido la de participar en la Liga Árabe, con la que está sin demasiadas reservas. Ahora, de pronto, pide la revisión del Tratado angloegipcio de 1936. Es

mucho pedir, pero la Gran Bretaña no se niega al diálogo. Nunca, dijo de ella un embajador muy célebre, nunca tiene tanta razón como cuando no la tiene. A la razón se suman las razones, y si la razón más las razones no dan siempre la verdad en Londres, no la dan tampoco en El Cairo. Tiempo al tiempo y a esperar, puea...

LA CONDENA A LOS GUARDIANES
DE BELSEN Y AUSCHWITZ

Ocho semanas exactamente duró la vista del juicio contra los guardianes de los campos de concentración de Belsen y Auschwitz. En el Derecho de gentes tanto como en el Derecho penal han fundado su rigor los jueces. Al conocer la sentencia hemos deseado que la misericordia no se aparte de la caridad. Funda España el Derecho de gentes, y lo consolida, en el saber de sus teólogos, sus economistas y sus jurisconsultos. Antes que en nación alguna se han esclarecido aquí los casos que la guerra plantea. Es el Padre Vitoria el primer moralista de la Edad de Oro, y puede, como Menéndez y Pelayo piensa, reclamar buena parte "no en los extravíos (bien ajenos de su templanza y sobriedad de juicio), pero sí de los aciertos de aquella legión de casuistas, ayer tan denigrados, y cuya rehabilitación comienza ahora, los cuales apuraron hasta los últimos ápices de la disección de los actos humanos, de sus ocultos móviles, de sus extremas consecuencias, de los accidentes que los modifican y de su calificación conforme a las leyes de la ética cristiana". Quiere el Padre Vitoria que se use del triunfo con moderación, pero también que se use así de la fuerza. A los culpables de Belsen y de Auschwitz les empujaba al desafuero una concepción de la sociedad y del mundo que les fué imbuida desde el poder entre mitos y ritos de glorificación de la fuerza y del eterno retorno de los héroes. "Aquel cuya espada logre la victoria —se les enseñaba— será el señor del mundo. Eson son los dados del juego." Pero, ¿quién hablaba así? Oswald Spengler y antes Nietzsche. Toda guerra actúa encinta de otra guerra, cuyos excesos vienen desde el

principio de la civilización renovándose. La fuerza que los pensadores han engendrado arrolla a los pensadores y a otros muchos más. Pero los jueces ahora no procesan a la teoría, sino a los que, sirviéndola, la han afrentado con sus hechos. Ese es drama sin solución, porque si la tuviese ya no sería drama. Aquellos, entonces, cuya levadura moral se corrompe en la guerra, ¿son seres en manos del Destino? En cuanto católicos no damos hospitalidad a esta imagen; en cuanto lectores de las trágicos griegos sí. En la guerra ha habido siempre lo mejor y lo peor, y sus malhechores, como sus héroes, han cumplido los tres mil años... La ley, con todo, es la ley y castiga a los que la vulneran.

El tribunal de Luneburgo ha condenado a muerte a once de los guardianes de los campos de concentración: a Joseph Kramer, a Fritz Klein, a Peter Weingartner, a Irma Greese, a Franz Hoessler, a Juana Bormann, a Elisa Volkenraih, a Karl Frankisch, a Anagar Pichen, a Franz Starff y a Vilhelm Dor; a prisión perpetua a Erich Zobel; a quince años de prisión a Herha Ehlert, a Otto Kuhssa, a Heinrich Schneiber, a Wladislaw Ostrowski, a Helena Kopper; a diez años a Hilda Lobauer, a Stanislaw Stanowska, a Herta Bothe, a Anton Aurtzicj, a Hannah Hampel, a Joana Roth, a Irene Haschke; a cinco a Medislaw Burguet, a Gertrud Ferst; a tres a Frieda Walter; a uno a Hilda Lissiwitz. Algunos abogados defensores han elevado solicitudes de súplica para que sean mitigadas las condenas...

Innúmeros son los males de la guerra, que nunca será abolida, aunque sí execrada... "Si el rey declarase la guerra a nuestro padre con justo título, no podríamos ayudar a nuestro padre; pero si fuese injustamente sí podríamos." En la casuística de lo justo y de lo injusto la inteligencia humana pesará el aire. Pero un día otro Spengler cantará de nuevo el cesarismo del mundo fáustico y dirá: "El triste cortejo de los reformadores del mundo no deja tras de sí más que montañas de papel impreso." No son montañas de las que nos gustan, pero, ¿y las montañas de muertos? El juego en que las sociedades se empeñan cabe en una frase: los principios al trono, las consecuencias a la guillotina. —¿Guerra a la guerra?; guerra otra vez, hasta que termine en la universal

desolación y el coro de las abominaciones; y luego, vuelta a empezar.— Los historiadores tomarán a decir, como dicen desde Tácito, que no estudian solamente los acontecimientos, que, con frecuencia, son fortuitos, sino que inquieran la razón y las causas. “Sed ratio causaeque noscantur...” La razón primera en las pasiones está, y el historiador o el moralista que las reprende se colocan animosamente, eso sí, en la actitud del que le pone puertas al campo o le echa un nudo corredizo al viento.

ANTE EL PROCESO DE NÜRENBERG

Va a cerrarse esta crónica y con ella nuestra tirada cuando comparecen ante el tribunal de Nürenberg veintidós de los veinticuatro nazis criminales de guerra. De los dos ausentes, el uno, Bormann, que es el número siete, no ha sido detenido aún, y el otro, Ley, que es el número nueve, se suicidó en su celda. A los veintidós les fué leída el acta de acusación, que es de treinta mil palabras. Ha sido impresa el acta en cuatro idiomas, que son el francés, el inglés, el alemán y el ruso. Contiene imputaciones de orden general e imputaciones de orden individual contra todos y contra cada uno de los encartados.

Vivía en Grecia hacia 1932, y vive quizá y envejece dulcemente en Corfú, en Corinto o en Thebas, un abogado cuya toga irá a un museo. Se llamaba, y ojalá se llame, Eupolemos, y era si por su padre oriundo de la Argólida, por su madre oriundo de Chios. El lo dice en un libro sobre los siete lugares de las peregrinaciones clásicas: Delfos, Eleusis, Epidauro, Olimpia, Micenas, Esparta y Cnossos. Invirtió Eupolemos cuarenta años de su vida, desde los veintidós hasta los sesenta y dos, en pedir al minitro de Justicia la revisión del proceso de Sócrates. Como en Grecia se le mostraban indolentes se dirigió a los grandes togados de las naciones de Europa. Y pues la fe mueve los montes, y los de Grecia, Helicon o Himeto, Kioma o Parnaso, no escapan a esta ley, Eupolemos triunfó. Ciertamente, la Justicia, en cuanto dama estelar, baja al mundo un sola vez cada siglo y se lleva como trofeo la cabeza de

un juez en un plato de oro. Nueve abogados, tres de Atenas, dos de París, dos de Roma, uno de Londres y uno de Munich revisaron muy pacientemente el proceso de Sócrates. A falta de pergaminos contrastaron testimonios como los de Platón y Jenofonte. Como trescientos mil bachilleres saben, Sócrates fué condenado por mayoría exigua de votos. Cuatro más a su favor le hubiesen salvado. El filósofo en su defensa lo hace notar y pide para sí, no piedad, sino una mesa en el Pritaneo, donde se galardonan los grandes servicios. Después de cincuenta y dos sesiones, los nueve togados resolvieron casar la sentencia del Arcópagu, pero no enteramente. Estimaban que la ironía del pensador era un desacato a la nobleza augusta del tribunal de Atenas, cuya fama vence a los siglos. Lejos de absolver a Sócrates, los nueve le condenaron no a apurar otra copa con cicuta, pero sí a tres meses y un día de prisión y ayuno. En la revisión de procesos históricos el historiador va más lejos que los letrados. Combatir, se enseñó en España, es otorgar, pero siglos después esa figura de delito en los "criminales de guerra" nos deja cavilosos. ¿Asistiremos también a modos nuevos de juzgar desde la historia a personajes del remoto ayer? ¿Se reharán las biografías y con ellas, además, el dictamen de los tiempos? Los veintidós oyen en Nürenberg ahora la acusación con que les abrumba en la audiencia pública el fiscal Sidney Alderman. Se les recuerda que condujeron a Alemania a una guerra de agresión luego de violar los tratados. Hemos dicho aquí que el utopista redacta un boletín de victoria sobre las tinieblas. A su idioma y al del filántropo se recurre cuando se imputan crímenes contra la humanidad a los encartados. Pero a los cargos de orden general se suman cargos particulares. "Este proceso, ha dicho el juez británico Lawrence, es único en la historia judicial del mundo." Rompe ciertamente tables de valores seculares para instituir otras nuevas. Transmuta no tan sólo conceptos del saber jurídico, sino usos de la convivencia humana. El proceso es único. ¿Quiénes son los encartados? Estos que siguen:

- I. Goering, mariscal del Aire.
- II. Ribentrop, ministro de Asuntos Exteriores.
- III. Rudolf Hess, lugarteniente del führer.

- IV. General Kalterbrunner, de las S. S. (formaciones de asalto), segundo de Himler.
- V. Rosemberg, ministro. El mayor teorizante del racismo como sistema y como doctrina.
- VI. Borman, adjunto de Hitler .
- VII. Frank, gobernador de la Polonia ocupada.
- VIII. Frick, delegado del Reich en países invadidos.
- IX. Doctor Ley, ministro del Trabajo.
- X. Sauckel, jefe de los trabajadores extranjeros.
- XI. Speer, ministro de Armamento.
- XII. Funk, ministro de Economía.
- XIII. Schacht, ex ministro de Hacienda y ex director de Bancos nacionales
- XIV. Von Papen, embajador de Turquía.
- XV. Krupp, fabricante de armamentos.
- XVI. Von Neurath, protector de Bohemia y Moravia.
- XVII. Schirad, führer de la juventud.
- XVIII. Seyss-Inquart, gauleiter de Austria y de los Países Bajos.
- XIX. Striecher, teorizante del racismo y autor de diatribas y de persecuciones contra los hebreos.
- XX. Keitel, jefe del Estado Mayor General.
- XXI. Jold, jefe del Estado Mayor.
- XXII. Gran almirante Raeder, comandante en jefe de la Armada del Reich.
- XXIII. Gran almirante Doenitz, sucesor de Raeder.
- XXIV. Fritasche, adjunto de Goebbels en la propaganda.

Para todos pide el fiscal la última pena. [El tribunal ha declarado además incurso en crímenes de guerra y altamente culpables a cien grupos y organizaciones, entre los que figuran el gobierno, el Cuerpo de Jefes del Partido Nacional-Socialista, las S. S. y las S. A., la Gestapo, el Estado Mayor General y el Alto Mando.

Retraigamos de este proceso, que según Lawrence es único en los fastos judiciales del mundo, toda opinión privada. Pensemos, sí, que las repercusiones de la condena alcanzan tanto como al Derecho a la Filosofía de la Historia y a las humanidades y buenas letras.

Eupolemos, el abogado griego cuya toga irá a un museo, se atuvo a una concepción benigna del universo. Con la revisión del proceso de Sócrates se ganaba en equidad lo que se perdía en grandeza. Va a procederse, en un mañana próximo, al revés de Eupolemos, pero realistamente como él. No ya el historiador, sino el crítico de arte, mirará de otro modo que hasta ahora, por ejemplo, la pintura de batallas en los palacios reales o en los museos. Sin salir del del Prado, las de Snayers no serán lo que era... No es que Gravelinas, Iprés, Barle-Duc, Saint Omer o Breda valgan menos. Pero el archiduque Guillermo Leopoldo de Austria, o el conde de Fuen-saldaña, o el marqués de Sfondarato están sujetos a revisión... Bien es cierto que son vencedores, y no es probable que el archiduque se deje quitar, ni aun simbólicamente, el caballo o la bengala.

En la transmutación de conceptos tradicionales sobre la guerra se va, con todo, muy lejos. Pero reflexiones de este linaje nos están vedadas; voluntariamente nos las prohibimos nosotros.

ANTE EL GOBIERNO QUE DE GAULLE PRESIDE

Abramos el libro *Charles de Gaulle* de Philippe Barres. Antes que en el texto original ha llegado a España en la versión de Oliver Brachfeld. Un prólogo de Marcel Defourneaux gloria vaticinios a un militar en su obra *Au fil de l'Épée*, que es de 1932, y en *Vers l'Armée de Metier*, que sale a capear temporales en 1934. Expone De Gaulle una concepción de la guerra, no vigente en Francia entonces, y una teoría del mando que contrae luego madurez y firmeza. Ciencia sin conciencia se ha enseñado allí, es la ruina del alma. Pues en las obras que se citan, ciencia y conciencia actúan coligadas en un vínculo indisoluble, que es la fe en los númenes patrios. Le nacen a De Gaulle sus primeras meditaciones durante el cautiverio en Alemania, y ya en *La Discorde chez l'Ennemi* vislumbra clarividentemente que la nación vencida multiplicará su fuerza en la derrota. Política es el arte de ayudar a la inercia de la

historia, y el grito "Política ante todo, y después y siempre política", alude a este culto al pasado.

Quien manda un ejército y quien rige un Estado consolidan la continuidad a que se deben antes que a fuerza alguna. A la continuidad, que es gran virtud, servía la espada de Foch, como ahora sirve la de Charles de Gaulle. En los métodos de guerrear difieren, no en los de transmitir el legado de obligaciones que va del ayer al mañana a través de miles de manos, como la llama de la vida en el juego de las antorchas. Creen los dos que Francia es un solo ser y no un conglomerado de seres. Con este sentido de unidad hay que definir igualmente a España. La nación es una, aunque sea varia también en tierras y en gentes. Confesemos que la diversidad es un presente divino que se puede pedir hasta como limosna. La imaginación es la luz de las cosas; la diversidad la sal del mundo, y sin uno y otro don la existencia se torna desabrida. Pero la unidad es regalo más egregio aún, y por ella algunos países de Europa son, tanto como países, civilizaciones.

De esta certidumbre partía De Gaulle para constituir la resistencia. Unidad y continuidad están latiendo fuertemente en las arengas del general a su pueblo. (Hasta Vargas en el Brasil, como se hace ver en otro apartado, invoca estos números.)

El 22 de junio, el coronel general Keitel, del Alto Mando alemán, de una parte; y el general de Ejército, Huntziger; M. Léon Noël, embajador de Francia; el vicealmirante Leluc; el general del Aire, Bergeret, plenipotenciarios del gobierno francés, firmaban la convención de armisticio francoalemán. A este armisticio siguió el francoitaliano. Cuatro días antes, el 18 de junio, llegaba De Gaulle al aeródromo de Croydon, cerca de Londres. Inició ese mismo día la campaña de la resistencia con una alocución radiada a su pueblo.

"Hemos sido abatidos por la fuerza mecánica, terrestre y aérea del enemigo. Pero infinitamente más que su número nos hacen retroceder los tanques, los aviones y la táctica de los alemanes. Son, sí, los tanques, los aviones y la táctica de los alemanes los que han sorprendido a nuestros jefes hasta hacerlos caer en la situación presente. Mas, ¿es que se ha dicho la últi-

ma palabra? ¿Tiene que perderse toda esperanza? ¿En definitiva, la derrota? ¡No!”

El 23 se dirigía al que fué su jefe del 33 regimiento de Infantería y también su jefe de Estado Mayor, mariscal Pétain. Tras de dolerse de que Francia hubiera combatido, no con un ejército de maniobras, sino con uno de posiciones, y tras de recusar el armisticio, confiaba De Gaulle en el resurgimiento francés. “En el Imperio, en el mundo, aquí mismo, unas fuerzas francesas van formándose y se organizan.”

El Gobierno de Londres reconoció en la persona del general al jefe de las fuerzas libres que decidieran unírsele. Enviaba el 7 de agosto Winston Churchill al general un memorándum sobre el servicio de la fuerza de voluntarios franceses. “En mi calidad, reconocida por el gobierno de Su Majestad en el Reino Unido, de jefe de todos los franceses libres, que dondequiera que se encuentren se unan a mí en defensa de la causa aliada —contestó De Gaulle a Churchill—, me es grato comunicarle que acepto el memorándum.” Tuvo pronto el general bajo su mando unidades navales, terrestres y aéreas, y elementos técnicos y científicos. Pasó la primera revista a su tropa en Aldeshort y Jorge V quiso presenciársela. La página en que se cuenta este episodio es acaso de las del libro la que asocia más al Barres segundo con el Barres primero que dió a su pluma trato de espada. Si las letras de Francia admiten un condestable, bien pueden alzar a mariscalía el magisterio ardiente del autor de *La colina inspirada*. En la página leemos:

“El general se puso de punta en blanco con sus 31, como se dice en el Ejército francés, ataviado con “uniforme de gran gala”, desde luego bastante especial: largos pantalones caqui que hacían resaltar sus anchas caderas, quepis clásico con hojas de roble, guantes blancos. El general inglés Spears, de cara torpe y graciosa, estaba a su lado. En cuánto el rey puso pie en tierra, la música del destacamento de la Legión tocó *Aux Champs*, luego *La Generala*. El jefe de los legionarios, coronel V., hombre pequeño, de rostro ardiente, lleno de cicatrices tan sorprendentes como las condecoraciones, para las cuales parecía su pecho demasiado exiguo, saludó con la espada. El rey pasó lentamente ante los hombres inmóviles, en un silencio absoluto, que sólo un avión con escarapelas francesas interrumpió.

pia. Todo aquello era conmovedor en su pequeñez, por lo que mostraba de buena voluntad, y de esperanza en lucha con las duras realidades de la vida." Y más adelante: "Legionarios, artilleros, tiradores senegaleses, marineros con el cuello adornado con un ancla, tripulantes de tanques con gorra negra, cazadores alpinos de regreso de Noruega, todos esos grupos desfilaron en destacamentos poco numerosos y sin armas. Pero una sola bandera tricolor flotaba sobre la columna y sólo el verla flotar, a pesar de la ruina de la nación, era ya un episodio histórico. Sonaron las antiguas marchas militares tan famosas: *Le Téméraire*, *La Marche du II^e Bataillon de Chasseurs*, *Le Boudin* y *Le Salut à l'Empereur*." Aquel De Gaulle de 1940 es, en 1945, el presidente del Consejo de Ministros de Francia. El día 13 de noviembre, la Asamblea Constituyente acordó, por votación cerrada, que el general formara gobierno. Los tres partidos triunfantes en las elecciones: el comunista, que cuenta con un millón de adheridos en Francia; el socialista, o S. F. I. O., "Sección Francesa Internacional Obrera", y el M. R. P., o Movimiento Republicano Popular, se avinieron a compartir las tareas ministeriales. Pero los comunistas pedían o tres o dos de las palancas que mueven la política exterior: diplomacia, ejército y policía. En carta a Félix Gouin, presidente de la Asamblea, De Gaulle renunció a formar gobierno. ¿Por qué?, claramente lo decía:

"El voto unánime de la Asamblea dado a favor de mi nombre parecía indicarme que el Gobierno debería constituirse sobre una base de unidad nacional, con la participación esencial de personalidades pertenecientes a cada uno de los principales partidos. Yo consideraba que esta indicación respondía a las necesidades de reconstrucción y renovación de Francia, y que respondía también a la gravedad de las circunstancias exteriores.

Además, yo creía que era indispensable que un Gobierno responsable ante la Asamblea entera debería tener, con respecto a todo el resto, la suficiente independencia, cohesión y autoridad para sus deberes.

Ciertas demandas formuladas en forma imperativa por uno de los partidos acerca de la designación de uno de sus miembros para tal o cual puesto específico del Gabinete me parecen in-

compatibles con las condiciones de cohesión y autoridad del Gobierno. En tal situación, y enfrentado con la imposibilidad en que me encuentro de formar un Gobierno de unidad nacional de acuerdo con los términos fijados por la Asamblea y con mis propias intenciones, tengo el honor de poner de nuevo a disposición de la Asamblea Constituyente Nacional el mandato que me había confiado. Debo insistir sobre la suma urgencia en formar Gobierno de la República, por estar en pleno conocimiento de las circunstancias.”

A la réplica de los comunistas siguió la dúplica del general, refrendada en París con manifestaciones de estudiantes. La Asamblea Constituyente, en la tarde del 23, volvió a poner en manos de De Gaulle la formación del Gobierno. Votaron en contra los comunistas, pero después de incidencias varias el gabinete ha quedado constituido así:

Presidente y Defensa Nacional, general De Gaulle.

Ejército, Eduard Michelet (Movimiento Republicano Popular).

Armamento, Charles Tillon (comunista).

Asuntos Exteriores, Georges Bidault (Movimiento Republicano Popular).

Interior, Adrien Tixier (socialista).

Hacienda, René Pieven (Movimiento Republicano Popular).

Economía Nacional, François Billoux (comunista).

Agricultura y Alimentación, Tanguy-Prigent (socialista).

Obras Públicas y Transportes, Jules Moch (socialista).

Producción Industrial, Marcel Paul (comunista).

Justicia, Pierre Henri Teitgen (Movimiento Republicano Popular).

Comercio y Comunicaciones, Eugène Thomas (socialista).

Trabajo, Ambroise Groizart (comunista).

Población, Robert Prigent (Movimiento Republicano Popular).

Reconstrucción, Raoul Dautry (independiente).

Colonias, Jacques Soustelle (socialista).

Información, André Malraux (independiente, de tendencia comunista).

Educación, Paul Giacobbi (socialista).

Sin cartera, Vincent Auriol (socialista).

Sin cartera, Maurice Thorez (comunista).

Sin cartera, Francisque Gay (Movimiento Republicano Popular).

Sin cartera, Louis Jaquinot (Unión Republicana Democrática, del grupo de derechas de Louis Marin).

El Gobierno francés está compuesto, por tanto, por siete socialistas, seis miembros del Movimiento Republicano Popular, cinco comunistas, un republicano moderado y dos independientes.

Tratan los tres partidos de coincidir o de concordar para una acción común. La enuncian hasta ahora en términos de escasa precisión. Cuando hablan de "libertad de pensamiento, de conciencia o de expresión" y de otras libertades más, ni todos las entienden, ni los más las conciben del mismo modo.

En política exterior prometen acatar los principios que la Carta de las Naciones Unidas ha codificado. En materia económica planean la extinción de los trusts, y desde luego la nacionalización de Bancos, Cómpanías de gas y de electricidad; de otras de Seguros, de transportes, de navegación mercante, de explosivos, de minas, de construcciones, siderúrgicas y de algunas más. De pensiones e indemnizaciones a los perjudicados y de lealtad al Consejo de Resistencia hablan los tres partidos también. Pero De Gaulle ha acreditado a lo largo de su carrera una adhesión muy firme a doctrinas y a criterios que pugnan con los que el gabinete tripartito enuncia. Preside el general la conjunción efímera de tres partidos, pero manda también a una nación y se debe a las civilizaciones más logradas del orbe. Es católico, es europeo, es militar; o sea está en posesión de tres legados y cree en las obligaciones de la sangre... Allí donde el comunismo las desconozca o las veje será subyugado. En este punto, el dilema es irrevocable: "O dominar o irse." La entereza con que De Gaulle ha apartado de las tres palancas del poder a los comunistas, ¿preludia un cierto bonapartismo, no incompatible con la Declaración de los Derechos del Hombre? Ya iremos comprobando que sí, pero que hoy nos baste un ¡quizá!...

LA REBELIÓN DEL AZERBEIYÁN Y OTRAS REBELIONES

La rebelión del Azerbeiyán no ha sido dominada aún. Esta provincia es para los rusos territorio irredento. Ellos tienen otro Azerbeiyán que es república soviética desde el 28 de abril de 1920. Antes, en 1918, fué autónoma dentro de la Federación transcaucásica. Tiene por capital a Bakú, en la zona petrolífera, y por ciudades populosas a Kirowabadj, a Nukha y a Saliny. Le gana el Azerbeiyán de los persas en extensión al de los rusos. De las veinte provincias del Irán las tres mayores son: Korassan, Kerman y Fars, a las que sigue el Azerbeiyán, cuya capital es Tabriz. El diálogo entre los Azerbeyanos se trueca en disputa cuando en Bakú se invoca la afinidad de sangre. Los más de nosotros, replica Tabriz, somos arios y hemos dado al mundo obras maestras en zendo, que es el idioma sacro, antes de darlas en pelvi. Los más de vosotros sois turco-tártaros, en los que el injerto bizantino no prende. Una muralla con cien cubos protege nuestra intimidad menos que el idioma propio. El vuestro es un turco dialectal que los de Angora no entienden. Partís de un supuesto, el de la afinidad con nosotros, para tomarnos territorio. Sin conceder que seamos los de allí y los de aquí consanguíneos, os lo hemos tomado nosotros. Eráis fuertes como sois ahora, pero nosotros lo éramos también. Ocupásteis Tabriz en 1825, pero nuestro Azerbeiyán os era tan ajeno que os fuisteis. Decid claramente que lo que deseáis es salir al Golfo Pérsico para ventear después en el mar de las Indias propiedades del Imperio que os ha tenido, y pese a todo, os va a tener a raya...

A Tabriz le responden en Bakú comunistas que en el orden internacional siguen las rutas del imperialismo de los zares.

Tenemos justamente delante un libro que es un alegato en favor de esta continuidad en la política exterior de Rusia. El autor es "Veridicus", y nos ofrece su obra en castellano, en una edición sin pie de imprenta.

¿Qué legación en rehenes de los soviets nos ha enviado esta obra?

Hay en Rusia pensamiento que se guarda en los polvorines

del Estado, y de ése se nutre el libro. El prólogo termina así: "La guerra ha hecho posible a los actuales representantes de los soviets la unión de la tradición zarista de la Tercera Roma con la idea motora leninista de la Tercera Internacional, situando a Rusia asá en una posición que amenaza a todo el mundo político actual." Después de leído el libro no intentaremos mojarle la pólvora. El a lo suyo, nosotros a lo nuestro, más dados a escuchar que a oír. No ha bastado nunca tener razones para tener razón, y aunque la razón nos asista puede no asistirnos la verdad. En el capítulo III de la tercera parte de la obra se insiste en que el camino más corto de Inglaterra a la India pasa por el Canal de Suez y el Mar Rojo, y que la línea aérea va desde Atenas, por Alejandría; Lydda (Palestina), las tres Bes —Bagdad, Basora y Barhein— hasta Karatchi. Egipto está unido con carreteras con Transjordania y con el Golfo Pérsico. El desierto, gracias al avión y al auto, lejos de separar una a los pueblos, y el Oriente próximo se enlaza con la India. Inglaterra, además, conduce el petróleo de la Mesopotamia por oleoconductos que van desde el Irac hasta Haifa. Inglaterra —según "Veridicus"— no se allanará a que los países árabes constituyan allí en anfictionado con poderes. A la intromisión de una gran potencia en el Oriente próximo se aviene menos todavía.

Esa eminencia gris de "Veridicus", a quien asesora otra más gris por detrás del damasco, alude a las escuelas de misión que el gobierno de Wáshington mantiene en Estambul, en El Cairo y en Beirut, y a las personas oriundas de Siria y de Líbano que viven en los Estados Unidos y se cartean con sus familiares. No iba a guardar silencio obsequioso, y no lo guarda, sobre el empuje económico de la Persian American Trading Corporation", cuyo régimen se inclina al monopolio desde la ocupación del Irán por americanos, ingleses y soviets en el 1941. A monopolio aspiran los fundadores y animadores de riqueza que van de los Estados Unidos a la Arabia saudita, donde hay legación norteamericana, como hay agentes consulares en el Yemen, en Koweit y en Bahrein. El comunismo, que es imperialista como la Rusia de los zares, augura "Veridicus", disputará en Oriente la obsesión hegemónica a

la Gran Bretaña y el ansia de dominio a la gran República de las trece bandas y las cuarenta y ocho estrellas.

Tiene el Imperio inglés atalayas, no a los cuatro vientos, sino a los treinta y dos, con los vigías más suspicaces del planeta. Lo que Rusia maquina está previsto diez años antes en Londres. Prever, en este caso, es desbaratar, y Moscú juega tardíamente su juego.

El empuje económico de la "Persian American Trading Corporation" no arrolla al de la "Anglo-Persian Oil Compagny". Churchill, que era en 1914 primer lord del Almirantazgo, y lord Fisher, contribuyeron como pocos a las transformaciones de la Armada inglesa. Los facilita la Anglo-Persian con el suministro del petróleo que los barcos de guerra queman en lugar de carbón.

Fuerzas de las tres naciones, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, penetraron amistosamente en el Irán durante la guerra. Había que proveer de material de guerra a la U. R. S. S. a través de la Persia amiga, porque la ruta de Murmansk era insuficiente. En Teherán los tres grandes reiteraron al gobierno persa que la ocupación cesaría al terminar la guerra. La de las guarniciones inglesas y norteamericanas ha cesado, en efecto, pero no todavía la de las guarniciones rusas, aplazada hasta marzo de 1946. Sobreviene de pronto la insurrección del Azerbaiján, que es provincia de las ocupadas por el ejército rojo. Los rebeldea, ¿quiénes son? Un cierto partido, el "Tudeh", de inspiración comunista.

Rusia alienta, pero además vende armamentos. Los dos Azerbaiyanes, por lo demás, el persa y el ruso, son diferentes, pues el uno es de linaje solar, o sea ario, con swástica desde hace siglos, y el otro, si armenio, en parte es de ascendencia turco-tártara. El imperialismo comunista, que se paga de continuar el de los zares, va buscando por el Irán, el Golfo Pérsico la puerta de oro de las Indias, y por el Bajo Danubio el camino de los Dardanelos. Pero las atalayas del Imperio inglés otean y avizoran a los treinta y dos vientos. Ninguna madrugada sorprenderá a sus vigías dormidos. El comunismo se estrella en murallas inglesas. ¿Imperio contra Imperio?... Sí; y democracia contra democracia... Oposición antigua después de todo, oposición eterna.

CHUNGKING Y EL MILLÓN DE FUSILES DEL YENAN
EN LA REPÚBLICA CHINA

No Mao-Tse-Tung, regente del Estado autónomo de Yenán, pero sí Chuh-The, en carta al teniente general Albert Wedemeyer, que manda las fuerzas norteamericanas en China, se ha quejado de la intervención de los Estados Unidos. Wedemeyer ha contestado a Chuh-The que el gobierno de Washington se inhibe en los litigios de una nación de la que expulsa, eso sí, como a intrusos a los japoneses. Una vez que los haya sometido retirará las fuerzas norteamericanas, cuya misión toca a su fin. No es Byrnes, secretario de Estado, menos explícito que el teniente general, ya que anuncia el retorno de cincuenta mil soldados de la Unión que están con la Armada en la zona de hostilidades. Ni Byrnes, ni Wedemeyer, han omitido la advertencia de que allí donde la vida o los bienes de sus compatriotas peligran, la protección de Washington no flaqueará. Mao-Tse-Tung, aunque milita en el comunismo, es nacionalista en su Yenán y jura, como los de aquí, por su tierra y por sus muertos. Ese nacionalismo que no blasona sus cartas de legitimidad sino con pequeñas particularidades brota en todos los climas. Si no una casta solar, ¿quién no tiene un idioma que ha brizado la cuna o unas leyes viejas, o unas tundas de aldeanos que convertir en batallas, o unas leyendas, o unas canciones?

En China, como en los países escandinavos o en el Pirineo, hay danzas de espadas o formas especiales en los tejados o en el yugo. Los llamados hechos diferenciales son los que más igualan. El nacionalismo en el Yenán se parece al que se da junto al Rhin o junto al Amazonas o junto al Nilo. Pero Mao-Tse-Tung combatió como entidad exótica el capitalismo. Oponía el campo a las urbes tentaculares y el candor a la doblez y a la astucia. Roma se paga de sus cosechas y de sus héroes, y pone a la sombra de las legiones las lindes de sus geórgicas. Gracias a ella sabemos que el campo es propiedad y no paisaje y cómo el saber es un patrimonio.

Nacionalismo y además anticapitalista es, pues, una quimera asiática, por la que no nos dejamos habitar. Fué Mao-Tse-Tung presidente del Comité revolucionario de campesinos,

y su cabeza estuvo pregonada por Chan-Kai-Chek en doscientos cincuenta mil dólares. Se unió a los comunistas, a los que los leales diezaban, en Kangsi, al Sur de Shangai, y les propuso la resistencia en una comarca remota. Aceptó el ejército rojo la iniciativa de Mao-Tse-Tung y se avino al éxodo desde Kangai a Yenan, que está en el Shansi.

Cien mil hombres del ejército rojo, guiados por Mao-Tse-Tung, recorrieron a pie 9.700 kilómetros en trescientos sesenta y ocho días.

Ha tiempo de todo, y la marcha dejó a los cien mil tiempo para librar, de camino, batallas cruentas. Acamparon al fin como un feudo inexpugnable en Yenan, y es allí donde Mao-Tse-Tung les ha constituido una república, de la que él es el primer magistrado. Los cien mil combatientes son ya un millón, y tanto como al presidente del Yenan oyen a su aliado Rusia.

Si las fuerzas de los Estados Unidos se retiran del territorio chino, los comunistas se crecerán. Están ya las tropas que Yu-Chow conduce en las fronteras de Manchuria y en Chantung, envolviendo a las de Chungkin, de las que es comandante en jefe Ho-lo-Yan. Es muy dura la refriega a orillas del Río Amarillo, pero Chungking ha autorizado a su ministro de Información a que negocie unas treguas. Las proponen también los comunistas, y ha sonado entre los beligerantes la palabra armisticio.

El tema de fricción es el uso de algunas líneas de ferrocarril para el transporte de tropas. Las de Chungkin piden a los de Yenan que retiren sus divisiones a diez kilómetros de las vías férreas, sobre las que han concentrado el fuego. Los de Yenan piden a los de Chungkin que se replieguen también tras el sistema ferroviario para pactar el cese de hostilidades. Más aun solicitan, y es que los ases de la resistencia de Chungkin, que son Fu-Tso-Yi uno de los primeros generales, el mariscal Yen Shi Shan y Ho-lo-Yan, gobernadores del Shanshi y del Chantung, suspendan sus operaciones. Quiere, en fin, Mao-Tse-Tung, y con él los suyos, que se reconozca la autonomía del Yenan, que no es un Estado, pero sí una República con un millón de soldados.

Tres prerrogativas definen a las ciudades con abolengo: la de batir moneda, la de enviar embajadores y la de hacerse ene-

migos. Ni moneda con la efigie de Mao-Tse-Tung en el cuño, ni diplomacia, ya que tampoco Asamblea Constituyente ni casi tribunales posee Yanan, pero enemigos sí. Es con quienes trata de que Chang-Kai-Chek no refuerce las guarniciones de Manchuria.

No todos los generales de Mao-Tse-Tung se avienen a este diálogo. Chu-Sen-Lai recuerda que los comunistas conservan en su Archivo Secreto un mensaje que impide el armisticio. Es aquel de Chang-Kai-Chek al gobernador del Sanshi, conjurándole a que extermine a las milicias del comunismo allá donde surjan. Un metro de sangre especifica, parecería llovido del cielo en cuanto a la larga dos.

Chu-Sen-Lai se irá aplacando porque en China un río de sangre no es menos natural que un afluente del Hoangho, que es el Río Amarillo, o que otro del Yan-Tse-Kang, cuya longitudo es mayor en dos Guadalquivires que la del Volga ruso, el mayor de nuestro continente.

Al Yan-Tse-King, así y todo, le aventajan en el mundo tres gigantes, con los que no queremos trato. Ante los tres, el Obi, el Amazonas y el Nilo, rige nuestro lema "Contra el mito de los titanes, la santa noción de los límites". Ese es lema que oponemos también a la magnitud de magnitudes de China. Esa extensión de once millones ciento treinta y ocho mil cuatrocientos kilómetros cuadrados nos anega como el piélago. Esos cuatrocientos veintidós millones de chinos son el todo al que se suma con estupor la nada. Cuenta risueñamente San Buenaventura que yendo por una playa, una gota desprendida del mar le habló al oído para decirle: "Soy el mar". Un grano de arena le susurró después: "Soy el desierto". "Decididamente, exclamó el santo, el hombre es mucho menos que la gota de agua o que el grano de polvo, irrisión del viento." Cada palmo de tierra en el Turquestán o en la Manchuria, o cada habitante de los cuatrocientos veinte millones del censo chino nos dirán también si les oímos: "Soy la China, soy la China."

Comprendemos que algunos resistan a la magnitud aislándose. Se contentan con ser un fusilero de Mao-Tse-Tung o un monje, uno de los quinientos mil, número razonable en cualquiera de los monasterios del Tíbet...

Dios nos dé ciudades y nos dé asimismo Estados hechos a la medida del hombre.

LA DIMISIÓN DEL GOBIERNO ITALIANO

Se han recogido los cien mejores requiebros a Florencia, como los cien mejores a Constantinopla, a Sevilla o a Oxford. No faltan antologías con las cien preces más bellas o con los cien cantos de amor.

Las cien observaciones más sagaces sobre el liberalismo han sido igualmente recopiladas.

Siglos antes de que el primer liberal exista, Martín el Humano, rey de Aragón, incluye la liberalidad entre los deberes regios. El liberalismo es algo más que "clemencia y derecho de gentes", según la frase de Maura. Osa objeciones a la razón de Estado y a la ciencia imperiosa del concilio y se habitúa a los debates.

Los liberales, en la Italia de ahora, alancean a un dragón de viento, al que necesitan correr para acreditar su brío. Ese dragón es un fascismo al que las vergas lictorias de ayer no dan escolta.

Somos, aseguran, antes que liberales, patriotas que vuelven del destierro. Patriotas eran, sin duda, algunos de los políticos a quien combaten con las armas del viejo arsenal. La patria es un fundación perpetua a la que las gentes más variadas han aportado sus ofrendas. ¿Quién se atiene ya al principio materialista "ubi bene, ibi patria"? Nadie; y en la contienda de hoy el desinterés es más vivo que la cordura. El italiano es menos racista que el francés y mucho menos que el alemán.

Un profesor de Derecho político recuerda que en Europa el racionalismo no se deja siempre acaudillar por personas de su misma raza. Y añade: "Los héroes más populares del movimiento nacionalista húngaro del año 1848, Kossuth, el jefe de la insurrección, y Pétöfi, el poeta nacional, eran de raza eslovaca; Mickievitch, el poeta nacional polaco, era ruso; Treitschke, el apóstol del imperialismo prusiano, era descendiente de Bohemia e hijo de lapones; Disraeli, el creador del imperialismo británico, era, por su raza, judío italiano, y De Valera,

el jefe del movimiento actual separatista irlandés, es de origen español." El racionalismo, en todo caso, es doctrina que Roma se niega a patrocinar, pues que ella fué la urbe del orbe, como Madrid la metrópoli de dos mundos. Pero esta vez, además, los liberales, en Italia no disienten de las derechas, sino de las izquierdas, aunque este modo de hablar se haya anticuado atrozmente. Proponen que se amplíe el gobierno del Comité de Liberación Nacional, en el que entran seis partidos. "No nos encadenamos —aconsejan— a dogmas políticos que, por otra parte, son dogmas en los que la llama es de yeso. Urge que el gabinete acoja entre los partidos de coalición a algún compatriota que traiga o saber administrativo o experiencia de los negocios del Estado."

Mejor, sin duda, que alancear al dragón de viento es planear reformas para la nación desde los departamentos ministeriales.

Ya no se ven en las vitrinas aquellos asnos de terciopelo cuya cabeza nos decía siempre que sí, que sí. Eran burritos de arca de Noé o de domingo de Ramos, que pacían tréboles de a cuatro. Como espejos de Venecia a los que se les va el azogue habrán perdido su magia. No se dejen mirar si sus síes no nos imantan como antaño. Si afirman indecisaemente, no verlos será mejor.

Indecisaemente asienten en Italia a la sugestión de los liberales democristianos y demolaboristas. Parri, jefe del gobierno, piensan los liberales, debe entregar el mando a un hombre que no falsee las elecciones futuras. Ese hombre, ¿quién es? ¿De Gasperri?

El ministro de Asuntos Exteriores conserva del ex Imperio lo que puede. "¿Adónde fué mi porvenir de antaño?", reza el verso de un poeta español. Es ex futuro lo que Italia pierde a la vez que territorios ya suyos. Tenía en las provincias libicas quinientos cincuenta y tres mil novecientos kilómetros cuadrados, sin contar el Sáhara libico, que mide un millón doscientos cinco mil seiscientos; en el Africa oriental italiana, un millón setecientos veinticinco mil trescientos, y en las islas del Mar Egeo, dos mil setecientos. Etiopía es independiente. Albania se ha desprendido también de la corona de Saboya, a la que se ligó en abril de 1939, y ha borrado en el pabellón los haces lic-

torios y el hacha. El Dodecaneso va a reincorporarse a Grecia, y el puerto de Zara, en la costa dálmata, a Yugoslavia. Quedan, quizá, la Eritrea con Assab y con Massaua y una buena parte de Trípoli. Tierras de soberanía italiana van a ser fideicomisos, pero el rescate total es posible.

Del porvenir de antaño y del presente algo retendrá Gasparri, que se desvive para ello.

Pero, en tanto, el partido cristiano demócrata ha logrado que prospere una moción en la que se pide que continúen en el gobierno los seis partidos. *Premedita Parri* la exclusión de los liberales y como le malogran el plan su gobierno dimite. La situación del pueblo italiano es aciaga, y el rey, el lugarteniente del reino y el gobierno, aunque desborden de sí y hagan más de lo que puedan, milagros no harán. Con cien conflictos y *con recursos más que escasos entran en la intemperie invernal.*

Ni el mariscal Badoglio, ni después Bonomi, ni ahora Parri, han tenido tiempo de promover grandes reacciones en Italia. A las elecciones para la Asamblea Constituyente la nación acudirá, dentro de cinco meses, descorazonada. Tiene estos días a un gobierno en crisis y espera al que ha de sucederle.

El lugarteniente del reino ha iniciado las consultas, y a la hora en que escribimos está oyendo al presidente del Senado, marqués de la Torreta, luego de oír al presidente de la Consultiva, conde Sforza.

Es patética la pregunta: "¿Adónde fué mi porvenir de antaño?"; pero es más patética aún esta otra: ¿Por qué eres siempre el mismo pasado del mañana? Porque es el pasado escuela de decepciones lo que vuelve.

LAS ELECCIONES AUSTRÍACAS Y EL NUEVO CANCELLER

Dos partidos tradicionales en Austria triunfaron en las elecciones. Cada uno de ellos obtuvo en las urnas más de un millón de votos. El comunismo no logró siquiera doscientos mil.

Antes de acudir a los comicios, la Tercera Internacional pedía en Austria dos carteras: la del Interior y la de Justicia. "Necesitamos lo que nos den, pero además lo que tomemos—repetían—. Influyamos sobre los tribunales y que sean nuestros, con la policía, los instrumentos de la depuración." Austria

ha replicado sobriamente eligiendo ochenta diputados del grupo católico y setenta y dos del social-demócrata. En el primero militan o han militado terratenientes, burguesía y clases liberales. No osan algunos escribir esta voz, "burguesía", que les rece anticuada. Como voz, quizá lo sea, pero como clase ha dado honor, saber y riqueza a Europa.

Recordamos aquí una frase que aunque nacida en París es de sangre inglesa: "Los liberales son los propietarios, o sea una categoría de posesión en el espacio; los conservadores son los herederos, o sea una categoría de posesión en el tiempo. Los unos y los otros eran la sal de la civilización, que según el tropo de la Escritura se está tornando desabrida. Del grupo católico, más conocido por cristiano-social, fueron el canciller Dollfuss, muerto a mano airada, y el canciller Schuschnigg.

Hay la ciudad que gravita, que es la que se desvive para vivir, y la ciudad que cuelga del cielo, que es la que vive para desvivirse. De la una y de la otra tuvo la Viena de los Habsburgos días antes de que se consumara el "Anschluss". De Dollfuss se supuso que era Metternich en miniatura, pero del príncipe Clemente Wenceslao tenía poco. Un rascacielos de Madrid junto a otro de Nueva York es un dado diminuto, pero más que el tamaño les diferencia la arquitectura. Las vidas paralelas en Plutarco bien están, pero no en nuestro tiempo. Para que Metternich fuese el árbitro de Europa tuvo que desplomarse el Imperio y tuvo que constituirse la Santa Alianza. Para que Hitler anexionara el territorio austríaco tuvo Dollfuss que morir, que es resucitar para un católico como él. De la duda, cuya raíz es la misma de duelo; de la duda, que es duelo entre las dos mitades del ser, se admite que nos renutre la fe. Lo admitía, al menos, un banderizo de las letras que vivió en pendencia con otro que no era sino él. Necesitaba discrepar de sí cada cinco o cada siete años. Sitió muchas veces sus propias posiciones, para reducirlas o tomarlas. Era un poco hereje e hizo de su cabeza un castillo de sedición o de motín. ¡El por El y contra El! Era un gran celtíbero y honraba a su modo la casta. Pero Dollfuss no era así y nunca quiso ni agitar ni agitarse. La sociedad en torno del gobernante cambiaba, pero él no cambió. En cuanto al duelo de El contra El no era para EL El nacional-socialismo, que tenía prisa, le arrolló. Años después,

Dollfuss muerto, ha ganado una batalla en las urnas y va a ganar, a lo mejor, otra en las conciencias. A los suyos el cuerpo, ya se ve, les pide pelea.

El grupo social-demócrata contó en sus listas a gremios y a organizaciones obreras. Preparó reformas sociales e indemnizaciones para accidentes del trabajo. Hoy vuelve a sus proyectos y es enemigo de los enemigos de Dollfuss. Con él perdió Europa el Austria independiente, que era el centro de gravedad de un anfictionado, no ya de países, sino de culturas... ¿Es el Austria de entonces la que renace de las ruinas del Reich? No seamos elementales ni mezclemos lo obvio con lo impío. Porque los social-demócratas eran pangermanistas y deseaban tanto como Hitler el "Anschluss".

Antes que el führer encarnan la ida del "Anschluss", Karl Renner, que ha sido canciller después de la guerra hasta hace no días sino horas, y luego Schober, que lucha por el "Zollverein", o sea por la unión económica y aduanera de Austria y Alemania. Los nacional-socialistas entran en juego para el "Anschluss" después de Renner y de Scholer. Dollfuss es quien nunca lo quiso, y en este punto estaba desde la república, con los Habsburgos. Dollfuss fué asesinado el 25 de julio de 1934, y hasta cuatro años después, 13 de marzo de 1938, no era promulgada desde el Reich la ley que establecía la unión de las dos naciones germánicas. El canciller a quien llamaron un Metternich en miniatura gana, después de muerto, una batalla, que es la primera y no seguramente la última. Pero no simplifiquemos, ni ahora ni nunca, lo que no es simplificable. Por de pronto, al último canciller, Renner, ha sucedido hace horas Leopoldo Figi, jefe del partido agrario. Veamos cómo constituye el gobierno de coalición. Las cosas no están, ni mucho menos, fáciles.

UNA EMBAJADA, UNOS TEXTOS Y EL BRAZO DE LA LEY INTERNACIONAL

Transmite Wáshington declaraciones impresionantes del mayor general Patrick Jay Hurley, que era embajador de los Estados Unidos en China y renuncia a su puesto. Habla el mayor con entereza y con bravura, como cumple a un soldado.

Entre los talentos de la negociación, contamos la ductilidad que fluctúa y hasta contemporiza en el instante oportuno.

En la diplomacia de hoy esta aptitud conoce, empero, su cuarto menguante. El rigor militar para con el comunismo es deseable en las embajadas como en los cuartos de banderas. De que el gobierno de Washington no sea inflexible en este punto se duele Hurley. Profesionales de la carrera han intentado persuadir a los comunistas chinos de que Norteamérica no se contrae, tan sólo, a mantener el mando de Chang-Kai-Chek. "Lo que anunciamos en el orden internacional, afirma con humor acerbo y con acritud Hurley, no concuerda siempre con lo que hacemos. La debilidad en la política exterior es recusable y nos ha llevado a nosotros a participar en guerras mundiales contra las que no nos habíamos precavido. No pactemos con el imperialismo comunista, pero no constituyamos tampoco bloques no menos imperialistas contra él. Soy adverso a las dos tendencias, pero sobre todo a las dos conductas. Reafirmo, enfrente de ambas, mi fe jamás declinante en la democracia y en la libertad de empresa. Para salvar la democracias nos batimos en la gran guerra y era bueno inmolarsé a ese ideal que nos llega vivo de las tradiciones americanas. En la última guerra nos dieron la consigna la Carta del Atlántico y la Declaración de Teherán. Han sabido nuestras armas amparar denodadamente los derechos de hombre, pero la victoria de 1914 no los consolidó, como tampoco la de 1945. Ahí está la Carta de las Naciones Unidas, que es como Código, otra "Carta Magna" u otra "Bula de Oro". Pero no es en el platillo de Constituciones así en el que echamos nuestro peso. No recatemos que el comunismo recibe de China un apoyo del que somos responsables. Quien esté con la Carta de las Naciones y jure servirla contra el imperialismo. Entre los que han jurado este Código fundamental hay más de uno que no le es fiel. Con los bloques imperialistas se van sin remedio a otra guerra, con su carga de iniquidades y su esterilidad."

Ha dimitido Hurley, y es el general Marshall quien le sucede en la embajada de China... Hurley, hombre de leyes, es miembro del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Ha desempeñado misiones en el extranjero, y una de ellas en Moscú.

La Declaración de las Naciones Unidas, que es para Hurley otra Carta Magna u otra Bula de Oro y, si se quiere, otra tabla de los Derechos del Hombre, fué formulada el 1.º de enero de 1942. Los primeros gobiernos signatarios fueron los Estados Unidos de América, Gran Bretaña con la Irlanda septentrional, la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, China, Australia, Bélgica, el Canadá, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Santo Domingo, El Salvador, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, la India, Luxemburgo, los Países Bajos, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Polonia, la Unión del Africa del Sur y Yugoslavia.

A la Declaración se fueron sumando, en 1942, Méjico, Filipinas y Etiopía; en 1943, el Irac, Brasil, Bolivia, Irán y Colombia; en 1944, Liberia y Francia; en 1945, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Venezuela, Uruguay, Turquía, Egipto, Saudi Arabia, Líbano y Siria. En total, 47 naciones.

De la Carta del Atlántico de 14 de agosto de 1939 eran dos los firmantes: Roosevelt y Churchill. De los ocho principios, el sexto decía y dice:

“Después de la destrucción completa de la tiranía nazista esperan que se estatuya una paz que allegue a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de las propias franteras y que garantice a todos los hombres, en todas partes del mundo, una vida exenta de temor y de privaciones.”

Y el principio séptimo:

“Dicha paz permitirá a todos los hombres cruzar libremente todos los mares.”

Y el principio octavo:

“Crean que las naciones del mundo, por razones tanto realistas como espirituales, tendrán que abandonar el uso de la fuerza.”

Los últimos utopistas, los que llamamos los últimos, son siempre los penúltimos. La cabeza de Tomás Moro, el canciller decapitado por el verdugo, rebrota cada cien años sobre los hombros ingleses. ¿Con la misma boina holgada con que Holhein, en el siglo xvi, le pinta? Con ella o sin ella, pero con la misma fiebre y el mismo don de vaticinio.

Todos los hombres ¿cruzarán las mares y, desde luego, las

fronteras, porque la Carta del Atlántico es, por sí, el pasaporte ocuménico...?

¿Los penúltimos utopistas eran entonces, en agosto, Roosevelt y Churchill?

Recuerda un comentador de temas internacionales que los ejércitos de tierra, mar y aire de los Estados Unidos son, como fuerza perteneciente a un solo Estado, la más poderosa que existe... Y pues es así, se piensa en que se constituya como brazo de la internacional para contener o para reprimir las agresiones contra la independencia de un pueblo. Esto es menos utópico ya, pero utópico todavía. Porque si la agresora fuese Rusia, la represión sería la guerra; y, como Hurley teme, la guerra con sus iniquidades y su terrible esterilidad.

JAPÓN

En el árbol genealógico del emperador Hiro-Hito se renueva, las emperadores desde hace dos mil seiscientos cinco años. El primero de la dinastía es Jimmú Tenno, que baja al solio seiscientos sesenta años antes de Cristo. Este Jimmú, hijo del cielo, lega a su sucesor, Suisei, los tres emblema del mando: el espejo, la espada y el diamante. Son las joyas del trono, las "Micusano Kamakara" que Hiro-Hito recibe a través de ciento treinta y cinco emperadores. Era en el Japón —y el tropo está en el apartado sobre Francia— carrera de antorchas en que los soberanos se transmiten con el llamear de la vida las obligaciones de la sangre. Ciento treinta y cinco veces, los tres emblemas han pasado de padres a hijos con las recomendaciones de Jimmú a su primogénito. Nunca en el correr de los tiempos han resonado estas recomendaciones tan dramáticamente como ahora. Helas aquí: "Tus sucesores regirán este Imperio hasta la consumación de los siglos. Recibe con el reino el triple tesoro de la corona. Cada vez que quieras verte, usa del espejo y gobierna al país con la rectitud y la pureza con que brilla su superficie. Trata a tu pueblo con flexibilidad que sea como la curvatura del diamante y yérguete ante los enemigos de la nación con esa espada." Ha pedido el Japón al capitular que los vencedores respeten a Hiro-Hito y a la emperatriz Nagako, hija del príncipe Kuninori. Tres princesas preceden en la

sucesión de los soberanos japoneses al príncipe heredero, Akhito, que vino al mundo en Tokio en diciembre de 1933. Nacieron su padre, el tenno actual, en abril de 1901, su abuelo Yoshhito en agosto de 1879 y su bisabuelo Muthuito en noviembre de 1852. ¿Recibirá Akhito con las palabras litúrgicas los emblemas del mando? El futuro, como los tapices de alto lizo, se teje por el revés. Deseamos destinos clementes al heredero y ojalá el día de sus bodas pase por el arco que entre cielo y tierra le hagan como en el haikai diez mil cigüeñas. A los ritos funerarios sucederán allí gritos de vida y esperanza. Nuestros estoicos, desde Séneca a Manrique, han recordado que el tiempo es el río de sombra que fluye y nos anega. Río de lágrimas, desbordado, es el que anega las ciudades del Japón estos días en que la adversidad no conoce límites. Pero miles de auroras no han nacido aún y la suerte de las naciones, como la de los seres humanos, cambia.

Tres reglas de oro en el Bushido, se decía aquí una vez, resumen los mandamientos de la honra: fidelidad al soberano, fidelidad a la raza, fidelidad a la cadena de héroes nacionales. Preceptúan los Códigos de honor de la guerra, como el edicto de Miji Tenno, que la clemencia acompañe al triunfo. La guerra no es un torneo, pero se rige por normas que conceden paridad al adversario. ¿Se rige? Bueno... Se regía. En los doctrinales de la Caballería, que son espejos del honor ecuestre de la Edad Media, la palabra obliga hasta más allá de la muerte. Este fué tema de tradiciones legendarias del Imperio del Sol Naciente como de otras que son del ciclo bretón, pero nacen aquí en el Finisterre, en que el celta aclimata no menos que entre las brumas armoricanas o en el país de Gales. Amadís es un español injerto en francocelta y el primero que enseña que prometer es emplazarse ante la Justicia divina." Aquí, pues, se jura o se promete y desde luego se cumple como en las leyendas niponas. Hay, sí, y pese a todo, en el primer libro de Caballería que sale en Cataluña en el Tiran-lo-Blanc, una cierta cordura como la que Sancho, mucho después, pardamente arrefrana. ¿Es el "Seny" catalán el buen juicio del pueblo de Eximenic y de Bernat Metge. Pues sí, aunque, en fin de cuentas, el caballero andante al que Martorell da vida es un capitán que le presta su brazo frente a la cristiandad amenazada.

por el turco. Era oportuno este paralelo ayer aún, pero ya los días nos envejecen como antes los años. El cura del escrutinio de la librería de Don Quijote dice: "Aquí en Tirant-lo-Blanc, comen los caballeros y duermen y mueren en sus casas y hacen testamento antes de su muerte con otras cosas de que los demás libros de este género carecen." Amadis, aunque se llama hijo del rey de Gaula, es español y encarna como nadie el arte de milicia corporal que hace del paso por el mundo paso honroso, justa y desafío a la potestad de las tinieblas. España gusta de la letra y del espíritu de estos códigos de honor que los —samurais— han legado a los japoneses actuales. Un capitán de navío supuso gasconamente, y empenachando a su modo la conjetura, que el almirante Yomonoto al prometer que se devolvería la Indochina a los franceses se emplazaba ante los poderes eternos. Esto era ya "rodomontade" y no antigua, sino simplemente anticuada. Dos órdenes que no son uno ni el mismo se mezclaban en la sugestión de este capitán que invoca las reglas de Bushido. (Los asesinatos de españoles en el archipiélago filipino cortan en seco estas reflexiones.) Todas las riquezas coloniales del globo pueden ser redistribuidas con equidad así que la guerra termine. Ya ha terminado y hay que decir, no cerrando los ojos para ver mejor, sino abriéndolos: "El Bushido codifica virtudes caballerosas, para los súbditos del emperador Hiro-Hito, pero sabe que el Derecho Internacional está más cerca del derecho quiritarario en el que el toma y daca cuentan, que de los códigos de Caballería, para los que la propiedad es señorío y no riqueza." Acatar los mandamientos del Bushido sin ceder la presa por el deliquio es acatarlos dos veces. Pero del Bushido ¿quién se acuerda? ¿Y para qué los japoneses de hoy han de acordarse? Cuando en 1941 Tokio declara la guerra a Londres y Washington, el Japón no cabe en sí. A su territorio con 72 millones de habitantes —recapitulemos nuevamente los datos— han añadido el de las posesiones exteriores, en el que moran cerca de 30 millones más. Son, o eran, la Sakalina del Sur, japonesa por la paz de Portmouts desde 1905, la Corea, que lo venía siendo desde 1910; Formosa, que China que la tenía desde 1683, cedió, por el tratado de Shimonosek, de abril de 1895, al Imperio japonés. Ha incorporado hace en 1941 sesenta y seis años las de Kuriles y hace sesenta y dos las Riu

Kiu, entre las que está la isla de Okinaba. Un millón largo de habitantes vive en Kumtun. El Japón administraba, además, por mandato de la Sociedad de Naciones, las Carolinas, las Marianas y Marsall; el Manchukuo es territorio de influencia nipona y una parte de la China al Norte y en la costa oriental por obra de conquista también. Después de la sorpresa de Pearl Harbour, el Japón va tomando Hong Kong, las Filipinas, el archipiélago neerlandés, con Borneo, Sumatra, Java y Timor, Nueva Guinea y después Singapur, las Salomón, las Gilbert y las Aleutinas. Pero esas incorporaciones de territorio son para el Japón efímeras. Hemos asistido desde el desembarco de las fuerzas aliadas en Guadalcanal hasta las refriegas cruentísimas en Okinaba y los bombardeos de ciudades que se describen ya con tropos del Apocalipsis a una gran tornavuelta de la fortuna. El Imperio japonés ha perdido cuanto tomó y ahora, al capitular, cuanto tenía. Le dejan los ojos para llorar y emperador con su corte, Akito, para que la continuidad en los númenes del país no se rompa del todo. ¿Quién fué el primer europeo que saltó de un barco a tierra nipona? Si no el primero el segundo o a lo sumo el cuarto fué el portugués Fernán Méndez Pinto. ¿Año de su llegada? El de 1542 es el más admitido. Hasta veintiún años navegó o erró entre naufragios y cien y una penalidades Méndez Pinto, y estuvo doce veces en cautividad y dieciséis vendido. Fué al fin de su vida cuando escribió en su retiro de Pragal ese libro "Historia Oriental de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto adonde se escriben muchas y muy extrañas cosas que vió y oyó en los reinos de la China, Tartaria, Borneo, que vulgarmente se llama Siam, Calañán, Pequín, Markamar y otras muchas de aquellas partes orientales de que en estas nuestras de occidente hay muy poco o ninguna noticia". Tradujo esta obra del portugués a nuestro idioma el licenciado Francisco de Herrera Maldonado, Canónigo de la Santa Iglesia Real —Valencia—. Marco Polo, en el siglo XIII, sueña el Japón, Méndez Pinto es el primero que lo ve. Siente años después que el lusitano recorre el Japón y evangeliza no pocos japoneses San Francisco Javier, de quien tantos episodios narra Méndez Pinto. Entre las cartas que Javier escribe sobre necesidades de la misión, hay una que quien la lee, si es bien nacido y tiene el alma bien hecha, no olvida

más. Es aquella a San Ignacio de Loyola en la que se lee: "Escribeme vuestra Santa Caridad cuántos deseos tiene de verme antes de acabar esta vida. Dios Nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan gran amor", y también relatándole lo que hace: "Hicimos en lengua de Japón un libro que trataba..." ;Cómo estremecen de gozo y cómo nos edifican sobre ensancharnos el mundo estas palabras!: "Hicimos en lengua de Japón un libro que trataba... Espejo, espada de luz y diamante bien están como emblemas del mando. Son el tesoro más puro de la corona y valen lo que valían. ¿Quedará el emperador con ellos? Por los Estados Unidos, sí. Pero Moscú reclama "una ocupación de territorios proporcional al esfuerzo para someter a los japoneses".

El esfuerzo máximo fué el de Norteamérica, al que siguió el de las flotas de la Gran Bretaña. Así se reconoce en los protocolos de la capitulación firmados a bordo del "Missouri". La U. R. S. S. no fué en rigor potencia signataria en el acto histórico. Es Wáshington quien ha aplicado las condiciones del armisticio. Mac Arthur, con potestad delegada, y su Gran Cuartel General se atienen a normas militares en el cumplimiento de lo pactado. Ha empezado Rusia a interponer simulaciones como acogida a un consentimiento tácito de Mac Arthur... Quiso primeramente ocupar la isla de Yeso, luego una parte de ella, como Safforo y Hakodate, y, al fin, las Kuriles. En la Conferencia de Teherán le fueron reconocidos a los soviets derechos de soberanía sobre una mitad —la del Sur de Sakalin, rusa hasta 1875— y sobre el archipiélago de las Kuriles. Los acuerdos de Teherán son privados y no se autorizan ni con formalidades ni con refrendos de las cancillerías de Moscú, Wáshington y Londres. Rusia, con todo, está ocupando anormalmente una parte de las Kuriles, a las que, según Ignatief en su declaración, convertirá en una cadena de bases que asegure el costado oriental de la Unión Soviética. El acceso a la isla de Kumashiri está vedado, advierte Mac Arthur, porque pertenece a las Kuriles en un orden puramente geográfico, pero depende en el administrativo de la Prefectura de Nenuro, en Yeso. Pero la isla cuenta con fortificaciones, y una base naval en Tamari. Este es el principio de un diálogo desapacible sin duda

entre los Estados y Unidos y la U. R. S. S., al que el mundo asistirá muy prouto.

EL DESTRONAMIENTO DE PEDRO II DE YUGOESLAVIA
Y LOS CUARENTA Y UN SOBERANOS DE LA EUROPA DE 1915

Del simulacro electoral del día de San Martín en la Yugo-eslavia de Tito salió la Asamblea Constituyente de Belgrado. De esta Asamblea ha salido la República Federal de los eslavos del Sur. Se votaba allí el 11 de noviembre a candidatos de la lista única. Cientos de miles de electores se abstuvieron de acudir a las urnas. Fué en España, y concretamente en Cataluña, donde un anciano escribió los versos más conservadores que se hayan escrito nunca:

*Contra el fuero de pensar
el de sentir. Yo pregono
que la cabeza es el trono
y el corazón el altar.*

Decapita Tito y descorazona esos fueros y deja a Yugo-eslavia sin rey. En un régimen soviético estos tajos son lícitos, no mientras amagan sino cuando dan. El rey Pedro no apoya suficientemente a Mihailovich, que manda todavía un ejército que se bate. Los grupos de la oposición constituyen un frente que no es para el trono cimienta ni argamasa. Por que lo fuera se afanaron los de acción agraria de Stanoyevich, los liberales servios de Milan Grol, los croatas de Nachek y de Subasich, y los socialistas de Bélich. Desbarata Tito tales propósitos y mete en sus arengas esos santos y señas, o esos motes moscovitas del "seamos duros" o del "revolucionemos". Planea el mariscal una federación comunista de seis repúblicas: las de Eslovenia, Croacia, Servia, Montenegro, Bosnia y Herzegovina y Macedonia.

Puede esta sexta república originar un desacuerdo entre Yugo-eslavia y Grecia. Quiere Tito anexionar la Macedonia helénica a la eslava para que sean una en la federación de los seis países autónomos.

El gobierno de Atenas opondrá en ese caso su fuerza a la de Tito. Pero esta fuerza, ¿cuál es?, ¿la de Sofulía, que es viejísimo y se llama Temistocles?, ¿la de Jorge II, con sus

partidarios? Estos esperan al plebiscito para rescatar su pujanza... A los aplazamientos de esta consulta electoral ha seguido el último, que fija la fecha de 1948... El desacuerdo así y todo entre Yugoslavia y Grecia es inevitable si la anexión de la Macedonia helénica se consuma.

Al caer Pedro II de Karageorgevitch le quedan a Europa once soberanos si incluimos los de Luxemburgo y Liechtenstein.

En 1915, hace treinta años, había cuarenta y uno, y como siempre que lo recordamos se nos oye con sorpresa, los citaremos aquí por el orden de antigüedad en el advenimiento al trono. Eran Francisco José I, de Austria; Juan II, de Liechtenstein; Nicolás, de Montenegro; Alfonso XIII, de España; Fernando I, de Bulgaria; Guillermo II, de Alemania y de Prusia; Alberto, de Mónaco; Gonthier, príncipe de Schwarzburgo; Guillermina, de los Países Bajos; Ernesto Luis, gran duque soberano de Hesse; Federico, príncipe de Waldeck; Nicolás II, de Rusia; Federico Francisco IV, gran duque de Mecklenburgo Schwerin; Federico Augusto, gran duque de Oldenburgo; Víctor Manuel III, de Italia; Carlos Eduardo, duque de Sajonia Coburgo Gotha; Guillermo Ernesto, gran duque de Sajonia Weimar Eisenach; Enrique XXIV, príncipe de Reuss, línea agnada (Greiz); Pedro I, de Serbia; Federico II, duque de Anhalt; Federico Augusto III, rey de Sajonia; Leopoldo IV, de Lippe; Haakon VII, de Noruega; Federico II, gran duque de Baden; Gustavo V, de Suecia; Ernesto II, duque de Sajonia Altenburgo; Mehmed V, gran sultán de Turquía; Alberto, de Bélgica; Jorge V, de la Gran Bretaña; Adolfo, príncipe de Schaumburgo Lippe; María Adelaida, gran duquesa de Luxemburgo; Cristian X, de Dinamarca; Constantino I, de Grecia; Enrique XXVII, príncipe de Reuss, línea no agnada (Schleiz); Ernesto Augusto, duque de Brunswick; Luis III, rey de Baviera; Adolfo Federico VI, gran duque de Mecklenburgo Strelitz; Bernardo, duque de Sajonia Meiningen; Benedicto XV, Papa, y Fernando, rey de Rumania.

Quedan once; pero once son bastantes para un renacimiento de la institución real. ¿Renacimiento? Continuidad nos gusta más.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.